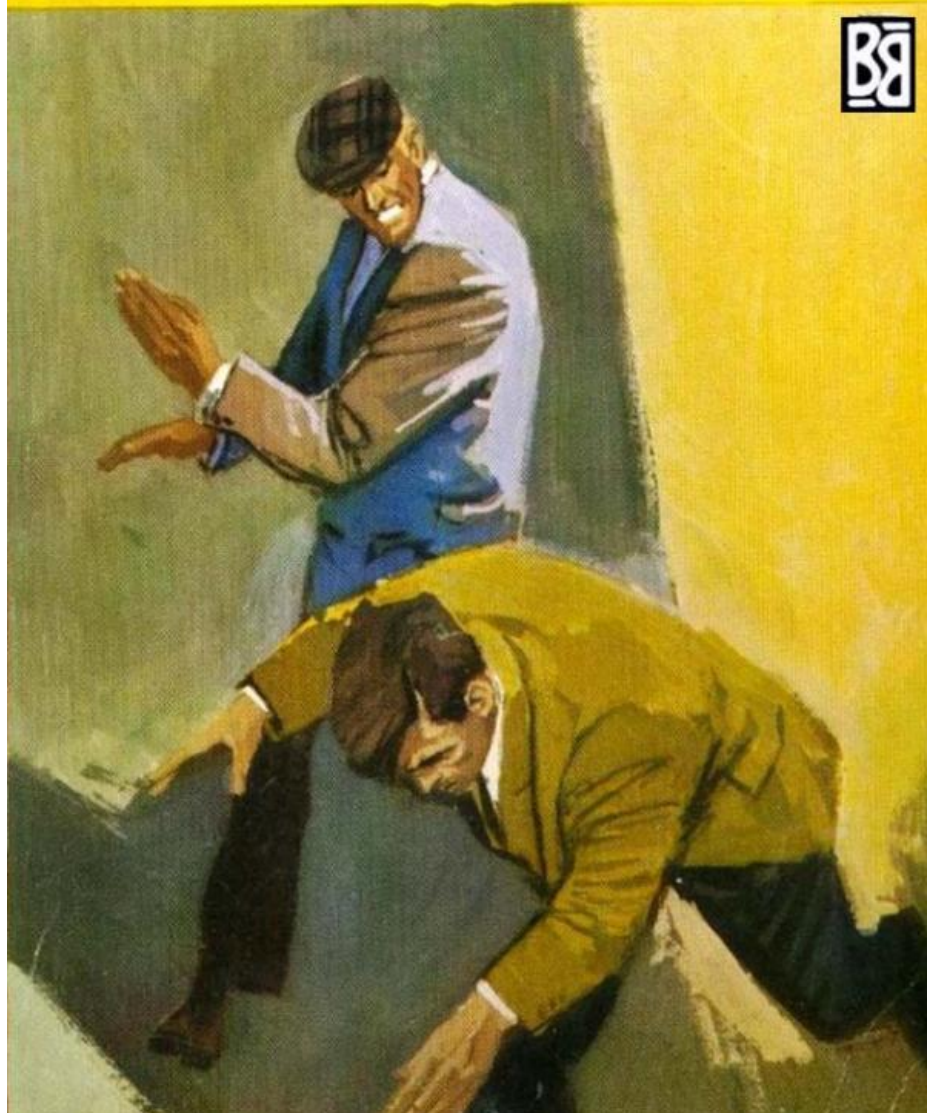


PUNTO
ROJO

¿le fabrico su cadáver?

frank caudett



COLECCION

PUNTO ROJO



MAISE
PRESCOT



ALAN DROVE

Irving



FRANK CAUDET

¿LE FABRICO UN CADAVER?

Colección PUNTO ROJO n.º 254

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 2132 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo 1967

© FRANK CAUDET - 1967

sobre la parte literaria

© DESILO - 1967

sobre la cubierta

© VIVAS - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección PUNTO ROJO:**
252.—La araña del pasado.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
854.—Operación Kasbah.
- En Colección CALIFORNIA:**
538.—«Omaha story».
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
152.—Vietnam: hora cero.
- En Colección KANSAS:**
452.—Alias «Confederado».
- En Colección SALVAJE TEXAS:**
563.—Kichi-Manitu..., whisky..., sangre.

ESTRUCTURA DIABOLICA

Sólo un segundo había separado al día de la noche.

Una de esas noches que llegan de improviso, que nacen de forma inesperada, que lo envuelven todo en una oscuridad agobiante.

Esa noche en la que hasta la luna parece negarse a salir por el firmamento a efectuar su cotidiano paseo.

Esa noche de espesas tinieblas.

Allá a lo lejos, en el punto más lejano del infinito, brillaba la tímida luz de pequeñas estrellas que rasgaban muy tenuemente la densa oscuridad de una tierra sombría y silenciosa.

Noche siniestra.

Tanto como la lóbrega mansión que se alzaba al fondo del angosto sendero, apenas recortada contra las negruras de un cielo sin luna.

Los severos picachos de agrestes montañas asomaban por detrás de la construcción, poniendo su nota tétrica en aquel pentagrama de misterioso silencio. De impenetrable oscuridad.

Lo que de día fuera verde mancha de frondosos bosques, era ahora sucia pincelada de negruras.

Hasta que por el inmediato recodo del abrupto sendero brotó el caudal luminoso de los faros de un coche, rompiendo las alucinantes tinieblas y rasgando el denso silencio con el monótono runruneo de su motor.

Como un hálito de vida en aquellos parajes de muerte.

Avanzó el vehículo lentamente, sorteando baches y pedruscos, bamboleándose en algunos momentos cual velero a la deriva.

Las manos que dominaban el volante eran expertas. Por eso condujeron el auto sin contratiempos y con pericia hasta los alrededores de la siniestra mansión.

Cesó el ruido del motor, se apagaron los faros, abrióse la portezuela y una figura saltó a tierra.

La mano del hombre se perdió en el interior del vehículo para ayudar a la muchacha en su descenso.

Salió ella, tratando de alisar la arrugada falda. Cuando lo hubo conseguido en parte, posó sus ojos en él, luego en la oscuridad, se estremeció y dijo:

—Esto es una locura, Arthur.

Arthur Graham, sin replicar, permaneció erguido como una estatua mientras trataba de escrutar las tinieblas con la fija y penetrante mirada de sus ojos grises.

—Puede que lo sea —murmuró al cabo de un rato.

Se estremeció de nuevo la mujer. Preguntó:

—¿Estás seguro de que es aquí?

—En muchas millas a la redonda no hay más edificación que esta, Helen. Es difícil extraviarse, y además, según dice en la nota, y por lo que tengo entendido, esta fue la casa de sir Lawrence Stockbridge. Estamos justo en el punto de la cita.

—La cita... la cita —musitó Helen con temblorosa voz—. ¿Qué clase de cita, Arthur?

Torció él la cabeza significativamente.

—¡Sé lo mismo que tú, Helen. Sólo la persona que nos envió la nota sabe el porqué de esta cita.

—No debiéramos haber acudido.

Un chispazo de ira contrajo las correctas facciones del hombre.

—Si no fuera porque me vuelves loco y solo tengo tiempo de pensar en que te amo apasionadamente, diría que eres una estúpida. ¿No has leído igual que yo lo que dice la misiva? ¿Prefieres que tu tía se entere de todo? Vivimos de su dinero... tú principalmente. ¿Te conformarías con ese sueldo de miseria que me da el treinta de cada mes la «Morton Insurance»?

Helen Barston ondeó su azabache melena, clavando el ígneo fulgor de sus ojos negros en la figura masculina.

Con estudiado contoneo, se acercó hasta él.

Poniendo de manifiesto, con mucha intención, la firme línea de su busto agresivo, prieto, bien formado y deliciosamente tentador.

Avanzando las piernas muy despacio para que la rotundidad de sus redondeadas caderas se recortara apetecible en el interior de la opresiva falda.

Estiró sus brazos desnudos para rodear el cuello del hombre.

—Arthur... —empezó insinuante—, ¿por qué no la matas?

Graham se hizo hacia atrás, soltando un respingo.

—¡Helen! —tralló, congestionado el rostro—. ¿Te has vuelto loca?

—Sí —susurró la mujer con apasionado acento—. Loca por estar

contigo sin que la presencia de esa vieja enferma y asquerosa me lo impida; sin tener que ocultarme cuando desee amarte y entregarme a ti; sin tener que fingir; sin representar mi papel de sobrina ingenua y cariñosa; sin depender de su podrido dinero. De un dinero que puede ser nuestro... ¡si ella muere!

Arthur Graham la ciñó por el estrecho talle, la atrajo hacia él, abrazándola con desbordada pasión, y, con desesperada vehemencia, hundió su boca en la roja frescura de los labios de ella.

—Helen... mi amor, deseo tanto como tú que muera. Miles de veces he sentido el deseo irrefrenable de estrujar su cuello entre mis manos, de apretar, apretar, hasta ver su rostro amoratado y contemplar su lengua repulsiva asomando por su boca descolorida. Cuando extiende sus manos, esas manos que me recuerdan las de un leproso, y trata de acariciarme, ardo en deseos de golpearla una y otra vez, de machacar su cráneo... ¡de destrozarla! Noche tras noche me obsesiona esa idea. Des hacernos de ella, tener su dinero, vivir en cualquier rincón del mundo. Tú y yo con nuestro amor. Matarla, Helen, sí, matarla. ¿Y luego? Podría pasar una semana, un mes, un año quizá hasta que llegara lo inevitable. Es imposible cometer un crimen y permanecer en la impunidad de por vida.

Helen ofreció el néctar de sus entreabiertos labios.

—Básame, Arthur... como ella desearía que la besaras.

El ósculo febril.

—Hay muchas formas de matar, cariño.

Arthur Graham giró la cabeza como si buscara a la persona que estaba temiendo les acechara desde la impenetrable oscuridad.

—Sí, Helen, muchas formas. ¿Sabes de alguna que haya tenido éxito?

Guardó silencio ella unos instantes.

—Nosotros podemos encontrarla.

—Hablaremos de eso, Helen. Ahora vayamos hacia la casa. No me gustan las tinieblas que nos rodean.

—Tampoco a mí, amor. Sigo pensando que ha sido una locura venir aquí.

—No teníamos alternativa, Helen.

Dicho esto, Arthur Graham extrajo un papel de su bolsillo, desdoblándolo cuidadosamente.

Prendió un fósforo. Para leer de nuevo, en voz alta, aquella extraña misiva que había recibido la tarde anterior.

Las palabras:

«¿Le fabrico su cadáver, míster Graham? Acuda al que fue palacio de sir Lawrence Stockbridge a las once de la noche de mañana y comprenderá el porqué de esa pregunta.

Encontrará la mansión si abandona Los Ángeles por la general de Bakersfield. Dos millas después, en el cruce de carreteras, tome el desvío que conduce a Santa Bárbara, y por este, media milla más adelante, un camino vecinal que se introduce en el bosque.

Le sugiero, míster Graham, que venga acompañado de su sobrina y amante, Helen Barston.

Y le ruego que entienda que, de no acudir a la cita, su esposa será impuesta de las relaciones íntimas que le unen a usted con Helen.

No es una advertencia, míster Graham; es una amenaza que estoy dispuesto a cumplir».

Guardó la nota lentamente.

—¿Crees que teníamos opción a negarnos?

—No... puede que no, Arthur.

Helen caminó con dificultad. Los altos tacones de sus escotados zapatos peligraban a cada paso sobre el desigual terreno.

Graham, a quién el lento avance de la mujer hacía aumentar su nerviosismo, terminó por tomarla en brazos.

Tardaron unos minutos en detenerse frente a la ruinosa puerta de la desvencijada mole.

—Entremos —dijo Arthur con voz ahogada—. No me parece necesario llamar.

—Cariño —apuntó Helen, azotado su cuerpo delicioso por un perceptible temblor—, ¿por qué no te aguardo en el coche?

Graham se retorció las manos.

—¡Basta ya, Helen! Estoy tan asustado como tú, tengo el mismo miedo que tú... pero me queda la lucidez suficiente para pensar que esto no será peor que lo que puede suceder si Lucille se entera de lo nuestro. ¿Quieres echarlo todo a rodar? Ve al coche entonces.

—No, Arthur. Pero estoy aterrorizada. ¿Quién nos asegura que saldremos vivos de ahí adentro?

—No seas niña, muñeca. Si la persona que nos ha citado deseara matarnos, no se habría tomado tantas precauciones. ¿Te parece necesario hacernos venir hasta aquí para luego asesinarlos?

—Desde luego que no. Aun así... ¡Arthur, mira eso!

Helen había ladeado la cabeza mientras hablaba. Sus ojos temerosos, al tropezar con una placa metálica fijada sobre el resquebrajado muro, habían sido la consecuencia de su repentina exclamación.

Arthur Graham dirigió su mirada hacia el lugar.

Resultaba extraño que encima de aquella pared que se caía de vieja luciera una placa metálica pulida y brillante. Nueva. Como si acabaran da

fijarla un par del minutos antes.

Graham se acercó para poder leer las letras allí grabadas.

CORSPE OF THE FACTORY

—¡Fábrica de cadáveres!

Helen Barston se llevó una mano a la garganta.

—¡Arthur! —exclamó con un hilo de voz—. Huyamos. Aún estamos a tiempo!

Lentamente, negó él con la cabeza.

—No, Helen. Debemos entrar.

Un gemido tétrico arrancó la puerta a sus goznes oxidados cuando la mano de Arthur Graham la empujó temerosamente.

Traspusieron el sórdido umbral.

El silencio y la oscuridad siniestra salieron al encuentro del hombre y la mujer.

Algo rozó el hermoso rostro de ella. Un grito se ahogó en su garganta al tiempo que clavaba las afiladas uñas de sus largos dedos en el brazo de Arthur.

—¡Una mano, Arthur! Me roza el cuello, la cara... ¡Arthur!

—Tranquilízate, Helen. No es más que una telaraña.

Trató ella de apartarla temblorosamente.

De repente, lo que hasta entonces fueran espesas e impenetrables tinieblas, se convirtió en caudal de brillante luz.

De una luz que parecía brotar de todas partes.

Nada ni nadie se evidenciaron como autores de aquel cambio brusco e inesperado.

Arthur y Helen habíanse detenido. Clavados los pies de ambos contra el cemento.

Lívidos sus rostros. Pálidos como la cera.

Colgaban las telarañas sobre sus cabezas desde el alto techo de la inmensa sala.

Y en el centro de ella, un túmulo con negros ornamentos. Un siniestro catafalco. Un lúgubre ataúd de brillante caoba. Cuatro cirios de ardiente llama como silenciosos centinelas.

Arthur Graham, hipnotizado por aquella visión macabra, caminó pesadamente hacia el ataúd, como si guiara sus pasos una curiosa morbosidad.

Helen se quedó inmóvil. Aferrada al suelo por el espectral temor que dominaba sus sentidos.

Rodeó el hombre el mortuario monumento. Asomó los ojos por encima del ataúd. Y creyó enloquecer al contemplar el cuerpo sin vida que reposaba sobre el violáceo acolchado.

¡El, Arthur Graham, estaba muerto. Su cadáver era el que descansaba al arrullo imperecedero de la muerte en el interior de aquel ataúd!

Sintió que una corriente glacial se filtraba por su espinazo.

—¡No..., no es posible! —articuló con voz ronca.

Fue en aquel instante cuando otra voz que no era la suya, otra voz que parecía llegar de un mundo infernal, de un abismo diabólico, pronunció aquellas palabras.

Seis palabras.

—He fabricado su cadáver, míster Graham.

Seis palabras.

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde me habla?

Graham giró la cabeza en redondo. Sus ojos no encontraron más que la inmóvil y aterrada figura de Helen Barston.

Los dos solos... y su cadáver.

—Poco importa quién yo pueda ser y desde dónde le hablo —prosiguió el invisible desconocido—. ¿No le parece, Graham?

Arthur Graham podía ser un tipo retorcido que solo vivía para satisfacer sus bajas pasiones y mezquinos instintos; podía ser un cobarde, un hombre sin moral ni principios, aunque aparentara tenerlos. Podía ser todo eso, sí. Pero, además, era inteligente.

Por eso no tardó en comprender que la persona que le hablaba lo estaba haciendo a través de un juego de amplificadores diseminados y disimulados por todos los rincones del vasto salón.

Y también comprendió que el invisible personaje desfiguraba su voz por medio de algún aparato especial, dándole un timbre metálico, monótono e impersonal.

Y eso —pensó Graham— significa que él conocía al misterioso individuo. Si no, ¿para qué tomarse la precaución de cambiar el tono de su voz?

—¿Qué quiere de mí? —inquirió Arthur, mientras su pensamiento seguía trabajando.

Una carcajada gutural vino en respuesta antes que las palabras.

—Ayudarle, Graham, ayudarle. ¿Ha visto bien... su cadáver?

Arthur se pasó una mano por la frente. La tenía húmeda y brillante. Sudaba.

—Sí, lo he visto. Es un alarde macabro de mal gusto, una obra diabólica cuyo fin no alcanzo a comprender. ¿Pretende ayudarme, como dice en la nota, fabricando mi cadáver? ¿Qué clase de ayuda preciso de una persona a quién no conozco, que me envía una carta citándome bajo amenaza y que me recibe en un caserón siniestro...?

—Ofreciéndole como primer presente su cadáver —cortó la voz—. ¿Iba a decir eso, míster Graham?

—Eso iba a decir.

—Si no estoy mal informado —siguió el desconocido—, usted ama a esa mujer que lo acompaña, ¿no es así, amigo Graham? Ambos están hartos de tener que ocultarse, de esperar un momento de soledad para poseerse, de huir a la mirada de la mujer que representa un estorbo en su vida y en su amor. Pero esa mujer, míster Graham, es su esposa. Una millonaria vieja y enfermiza a la que usted lleva pensando cómo eliminar desde hace varios años. ¿Me equivoco, Arthur Graham?

El rostro del aludido, amén del temor innato que reflejaba, era una expresión de asombro y desconcierto.

Y fue Helen, pareciendo salir de su pánico y escapando al temblor convulsivo que azotaba su cuerpo, quien respondió:

—¡No! ¡No se equivoca!

Su voz había sonado como el ronquido de un animal enjaulado.

—Ya veo que es usted una chica inteligente, *miss* Barston. Sabe lo que quiere y está dispuesta a conseguirlo como sea. ¿Digo bien?

Helen, con ademán salvaje, agitando sus negros cabellos al mover la cabeza con febril impulso, dio unos pasos adelante.

—Sí, sé lo que quiero. Y usted, que se oculta en alguna parte, que no se atreve a dar la cara, también debe saber lo que quiere al habernos hecho venir aquí. ¿O me equivoco yo ahora?

Graham miraba a Helen sorprendido. Hasta le parecía imposible en ella tal reacción de valor.

—Desde luego que sé lo que quiero, *miss* Barston —siguió el oculto—. Acabo de decírselo a su... a míster Graham: quiero ayudarles.

—¿A cambio de qué? —inquirió Arthur.

—De cincuenta mil dólares.

—¡Está loco! —exclamó el hombre.

La mujer se acercó a Graham.

—Espera —le susurró en tono quedo. Y agregó en voz alta—: Creo entender que pide cincuenta mil dólares por librarnos de Lucille Barston, ¿no es así?

Otra carcajada gutural repitió su eco largamente por las cóncavas y resquebrajadas paredes de la siniestra mansión.

—¡Exacto, *miss* Helen! Sigo opinando que es usted muy inteligente. Cincuenta mil dólares es el precio de la libertad de ustedes dos... y el de una herencia muy superior que podrán disfrutar solos. ¿No es eso lo que ambos desean?

Arthur Graham oprimió la mano de ella.

—¿Y de qué medios va a servirse para hacer desaparecer a mi esposa?

—De la única manera que las personas desaparecen —respondió la voz metálica con sádico matiz—: haciendo que muera.

—¿Asesinándola...? —preguntó Graham sobresaltado.

—¡Oh, no! —se burló el oculto—. No de esa forma, míster Graham.

Meterle dos balazos en el cuerpo a Lucille Barston sería sencillo, pero escandaloso. Clavarle un cuchillo por la espalda sería sigiloso, pero vulgar. El crimen, haga o no ruido al ejecutarse, es investigado por la policía. ¿Para qué molestar a los dignos representantes de la ley? Existe otro modo de matar, míster Graham. Su esposa padece del corazón, ¿no es así? Deficiencia en las válvulas cardíacas. Un disgusto, una fuerte impresión... la sangre circula más deprisa de lo normal, empuja con mayor fuerza, rompe una válvula... ¿Entiende?

Graham, sin saber por qué, experimentó una sensación extraña. Algo le gritó en su interior que él, pese a todo, no era capaz de prestarse a una monstruosidad semejante.

Había deseado matarla, sí. Pero en un arranque de odio, en un momento de obcecación, de rabia. No de aquella manera fría, matemática, cruel.

No; así, no.

Pero no tuvo tiempo de manifestar la debilidad de sus sentimientos porque Helen se le adelantó.

—¿Y cómo piensa conseguir eso que ha dicho?

—Sencillamente, *miss* Barston. ¿Ha visto usted el «cadáver» de Arthur Graham? Yo lo he fabricado. ¿No supone para qué?

—No —respondió ella con decisión.

—Está claro, muy claro, Helen Barston. Arthur, su «adorado» tío político, muere... digamos que a consecuencia de un corte de digestión. Como es lógico, el ataúd se coloca sobre la cama de la habitación de sus tíos. Usted insiste en que solo sean Lucille y su «ingenua» sobrina quienes velen al difunto. Ella se siente mal, agotada por el duro golpe, y desea retirarse unos momentos a descansar. Se dirige a la habitación de usted, *miss* Barston. Abre la puerta y un grito de horror escapa de sus labios: Encima de la cama encuentra otro ataúd exactamente igual, y dentro de él, un cadáver idéntico al que acaba de ver en su habitación. La impresión es lo suficiente fuerte para que a Lucille Barston le falle su delicado corazón. Acto seguido, el verdadero Arthur Graham resucita y con la ayuda de usted, mi ambiciosa Helen, traslada el segundo ataúd a una furgoneta que aguarda oculta en la puerta trasera de la quinta.

Helen Barston, desterrado el miedo de sus sentidos, trillando sus ojos con demoníaca satisfacción, exclamó jadeante:

—¡Perfecto! ¡Un plan perfecto!

—Lo es, *miss* Barston —admitió el oculto personaje—. Pero aún no he concluido. El falso Arthur Graham y la verdadera Lucille Barston son enterrados en el pabellón fúnebre de la familia. Nadie duda de que Lucille ha muerto a consecuencia del duro golpe, que su débil, corazón no ha sido capaz de resistir. Y usted, Helen, se convierte en la única y universal heredera de los millones de su tía. Luego Arthur se somete a una operación

estética, se provee de unos documentos legítimos que aseguren su nueva y falsa identidad, los de ese cadáver que ven ahí, por ejemplo, y huyen ambos a cualquier parte de la tierra a disfrutar su amor y el dinero. Mister Graham, *miss* Barston, es su libertad a cambio de cincuenta mil dólares. ¿Valía o no la pena acudir a esta cita?

Tras las palabras de aquel misterioso personaje, se hizo un espeso silencio, en cuyo transcurso Helen y Arthur se miraron intensamente.

—Eso es... horrible —articuló el hombre, tratando de hacerse a la idea de que seguía vivo, despierto, en el mundo. De que todo aquello no era producto de una maquiavélica alucinación. Y agregó con voz vacilante—. No, Helen... no podemos hacerlo.

—¡Cobarde! —le escupió ella con desprecio—. ¿No te das cuenta de lo que esto significa? Me has dicho que deseabas tanto como yo su muerte, pero que no te atrevías a matarla porque nadie permanece impune después de cometer un crimen. ¿No has dicho eso? ¡Pues acaban de ofrecerte la oportunidad de deshacerte de ella sin manchar tus manos con su sangre! ¿De qué tienes miedo ahora? Sé de personas que han vivido hasta los ochenta años aquejadas de una afección cardíaca. ¿Quieres esperar a que ocurra lo mismo con Lucille?

Arthur Graham miró el féretro, apartando los ojos de inmediato. Se mesó los ondulados cabellos, apretó las sienes con la palma de sus manos, cual si tratase de aplastar su cerebro y las ideas que hervían en el interior.

—¿Y si algo fallara?

Helen comprendió de inmediato el significado de aquella pregunta. Arthur estaba vencido, atrapado en el amor que ella le ofrecía una vez más con sus ojos brillantes de lascivia, rendida su voluntad a lo que ella deseara. Con la pregunta trataba de justificarse ante su conciencia y de justificar su miedo.

Un último y débil argumento para tratar de evitar lo que sabía inevitable. Para convencerse de lo que no estaba convencido.

—Todo saldrá bien —dijo Helen, acercándose a él con sus maneras excitantes y estudiadas—. Es un proyecto que no tiene fallos. Mi amor, compréndelo. ¿No estás deseando que seamos libres?

Graham iba a responder, cuando de nuevo la voz misteriosa pobló el ámbito con su tono metálico, inquiriendo:

—¿Han deliberado lo suficiente como para llegar a un mutuo acuerdo? Un destello de siniestra ironía vibraba en el fondo de la pregunta.

Con la seguridad de que el veredicto de aquel jurado insólito, formado por dos seres ruines y ambiciosos, vesánicos y crueles, no podía ser otro que la aquiescencia unánime al ofrecimiento diabólico de un juez misterioso.

—Aceptamos su... ayuda —respondió Helen con vehemencia.

—Pero antes —la atajó Graham en un raptó de violenta decisión—

quiero saber quién es usted. Cómo sabe tanto de nuestras vidas y el por qué nos ha elegido a nosotros precisamente.

—Míster Arthur Graham —le respondió la voz metálica—, yo en su lugar no me preocuparía del porqué y el cómo de las cosas. ¿No ha visto la placa que está adosada sobre el muro de esta vieja mansión? Fábrica de cadáveres; eso creo que hay grabado en ella. Y ese es mi negocio. Fabricar el cadáver de aquel que lo necesita, para lo cual debo saber primero quién es el necesitado. Es obvio que no voy a revelarle de qué medios me sirvo para obtener esas informaciones, y mucho menos mi identidad. Ambos secretos debo guardarlos cuidadosamente, porque suponen una elemental medida de seguridad. A usted debe bastarle con lo que ha visto. ¿No opina así, *miss* Barston?

Nada dijo la mujer.

—Tengo su cadáver en venta —agregó el oculto tras un pequeño lapso de silencio—, míster Graham. Le he puesto un precio: cincuenta mil dólares. Yo sé que puede serle muy útil; usted y Helen también lo saben. Es una oferta razonable en la que ustedes serán los principales beneficiados, en la totalidad de los aspectos. Han dicho que aceptaban mi ayuda, ¿no es así?

De nuevo Helen Barston evitó que Arthur se volviera atrás.

—Eso hemos dicho —replicó resuelta.

—Es un placer negociar con personas tan razonables como ustedes. Mañana, *miss* Barston, a la misma hora que hoy, volverá usted aquí. Sola... ¿Ha entendido? Sola, con cincuenta mil dólares en billetes usados, pequeños, metidos en una bolsa de viaje de color rojo, y anudado a las asas de ésta, un pañuelo negro. Dejará la bolsa debajo mismo del lugar en que se halla fijada la placa metálica, encima de una piedra y apoyada contra la pared. Luego ya me pondré en contacto con ustedes para convenir el día y hora en que se debe ocasionar la muerte de Arthur Graham y de su «amada» esposa. ¿Alguna duda? ¿Objeción acaso?

No hubo respuesta a ninguna de las preguntas.

—Entonces, pueden retirarse. Mantendré las luces hasta que hayan abandonado la casa. ¡Buenas noches señores!

Arthur y Helen no se demoraron un segundo. Más bien con precipitación, corrieron en busca de la puerta.

—¡Es horrible, pequeña! —exclamó el hombre mientras caminaban en dirección al coche.

Se detuvo ella para mirarle fijamente.

—Terminaré por creer que estoy enamorada de un pelele cobarde. De un pusilánime acabado que trata de cerrar ojos y oídos a la mejor oportunidad que ha sabido ofrecerle la vida. ¡No seas necio, Arthur! ¿Qué palabras habré de emplear para convencerte de que es el plan más perfecto y mejor concebido que jamás se haya podido realizar?

Arthur Graham se pasó una mano por los cabellos.

Era un hombre de elevada estatura, de cuerpo atlético y esbelto, coronado por una arrogante cabeza de ondulados cabellos castaños y complementado por un rostro de piel curtida de rasgos bien definidos y muy agradables.

Un hombre que tenía su éxito con ellas. Un hombre que a los veinticinco años se había vendido por una prometedora herencia. Un hombre que ahora sucumbía a los encantos de una mujer pérfida, ambiciosa y calculadora, a la única que había conseguido hacer de él un muñeco sin voluntad.

Helen Barston.

—No tengo miedo ni soy cobarde —dijo al cabo de unos minutos, dentro ya del auto, sin ponderar un valor que no sentía, pero tratando de poner esa convicción en sus palabras—. Tú eras quien se negaba a venir hasta aquí, y no yo. Pero ahora ya no estoy seguro de lo que hubiera sido mejor... o peor. ¿Crees aconsejable confiar en una voz y en esa escena impresionista que nos han preparado? Todo dispuesto para doblegar nuestras voluntades y anular la personalidad. Por medio de una voz hemos sabido que alguien está demasiado al corriente de nuestra vida privada, y me atrevería a decir que hasta de nuestros pensamientos. ¿Encuentras lógico que alguien se tome tanto interés por solucionar problemas ajenos?

—A cambio de cincuenta mil dólares, me parece lógico.

—Tienes un cerebro muy reducido, Helen. Obtener un cadáver y practicar en él una intervención de cirugía plástica no es obra de una sola persona ni se consigue con cuatro cuartos.

—¿Qué quieres decir?

—¡Estás obcecada! La idea de que ella muera y con su muerte obtengamos nuestra libertad y sus millones te está trastornando. No te deja razonar. Sería estúpido negar que también yo me he impresionado al principio, pero ahora empiezo a ver con claridad.

—¿Ver... qué?

Arthur, antes de responder, puso el auto en marcha. Y se mantuvo atento al volante hasta que hubieron dejado atrás el sendero que serpenteaba aquel bosque con visos, de jungla y alcanzando la bifurcación de Santa Bárbara.

Dijo entonces:

—Ese misterioso individuo que nos ha ofrecido su ayuda por cincuenta mil dólares tiene invertidos más de la mitad en la realización del proyecto. En primer lugar, ese plan no es fruto de un día ni de dos. Es algo concebido tras muchos meses de estudio. Ha tenido que emplear a mucha gente para averiguar sobre nosotros, sobre nuestras vidas, intenciones, deseos y pensamientos. Luego, proveerse de un sin fin de fotografías mías en diversas poses y gestos, tampoco ha sido labor de horas.

—¿Fotos tuyas?

—Sí, eso he dicho. Para conseguir rectificar las facciones del muerto a exacta imagen y semejanza de las mías. ¿Y el cadáver? Ha tenido que buscarlo de igual peso y estatura que yo. ¿Te parece que vivimos en tiempo de Aladino y su lámpara para conseguir un cadáver como si se tratara de un saco de patatas?

—¡Muy bien, Arthur! ¡Bravo por tus dotes deductivas! ¿Y qué? ¿Qué nos importa a nosotros lo que ese individuo haya tenido que hacer para vendernos nuestra libertad?

—Mucho. Nos importa mucho, porque nadie regala felicidad a cambio de cadáveres prefabricados y a un precio tan módico. No, Helen; no estoy de acuerdo con eso que tú llamas «plan perfecto». Hay algo más. La verdadera intención que mueve a ese misterioso personaje en su labor de ayuda. ¿Ayuda...? ¡nadie ayuda a nadie! Todo esto es muy extraño, pequeña. Y peligroso, excesivamente peligroso.

—Pero seguiremos hasta el final... —se había pegado a él como una gata mimosa y runruneante, abandonada a una entrega tibia y ardorosa, en sutil y excitante ofrecimiento—. ¿Verdad que seguiremos, mi vida?

Arthur Graham supo que de nada le había servido razonar. A él, por lo menos. Ella, ni razonaba, ni estaba dispuesta a escucharle.

Su ambición era la brújula del torcido sendero de su vida. Y él, prendido en la red de su pasión, de sus anhelantes caricias, sentíase incapaz de caminar hacia atrás.

Era imposible abandonar aquel sendero.

—Sí, Helen, seguiré lo que tú sigas.

Sonrió la mujer con perversa satisfacción. Y como si nada hubiera ocurrido, como si aquella misiva que les había llevado a la cita con el misterioso fabricante de cadáveres en la mansión que un día perteneciera a sir Lawrence Stockbridge no fuera más que un lejano recuerdo, preguntó:

—¿Te parece bien Europa, Arthur? La Costa Azul, Niza, Cannes, Mónaco. Son lugares ideales para vivir una existencia opulenta. ¿No lo crees así?

Graham apenas la oía.

Su pensamiento trabajaba en torno a una idea fija. Empeñado en averiguar el por qué un personaje misterioso, que había fabricado su cadáver, habíase preocupado de disimular el timbre auténtico de su voz.

Sí, no le cabían dudas. Él debía conocerlo. Y estaba claro por demás que sólo alguien que tuviera trato con él podía saber tanto de su vida.

Un plan perfecto. Una voz. Un cadáver fabricado.

¿Quién era el autor de aquel proyecto diabólico? ¿Por qué?

—¡Arthur! —exclamó Helen—. ¿No me escuchas?

Graham escapó a sus pensamientos.

—¡Eh!, ¿cómo? Sí. Claro que te escucho, pequeña.

Pero Arthur Graham siguió barajando una y otra y la misma idea. Continuó haciéndose la misma pregunta.

¿Quién había fabricado su cadáver?

Su cadáver.

Metido en el interior del ataúd de caoba. Reposando con estática rigidez sobre el violáceo acolchado.

Arthur Graham, muerto.

—¡Es horrible..., horrible! —murmuraba la mujer tratando de contener con su pañuelo de encaje el copioso llanto que brotaba de sus ojos apagados—. ¿Por qué ha tenido que ser él? ¿Por qué... por qué Arthur? Y yo, yo, que me veo postrada en la cama día tras día; y que no puedo ni respirar porque el esfuerzo me ahoga ¡yo sigo viva! ¿Por qué?

Lucille Barston, cubierta su menuda y delgada figura por una severa y larga indumentaria de color negro repetía las mismas frases una y otra vez.

—. ¡No debía hacerlo! —murmuró tras un jadeo—. ¡No debía...!

Helen, a su lado, se incorporó de la silla que ocupaba para rodear los hombros de la otra con una ternura que nadie hubiese creído fingida.

—Tía Lucille, no te tortures más.

—¿Qué haría sin ti ahora, Helen? —sollozó la mujer, apretando con fuerza una de las manos de su sobrina. Este es mi castigo; lo es, mi pequeña Helen. Yo compré su amor con dinero. Yo sabía que él jamás podría amar a una mujer que casi le doblaba la edad. Repugnancia, ese era el único sentimiento que yo podía despertar en Arthur. No se puede ir contra las leyes de la Naturaleza. Pero yo, con mi dinero, creí poder hacerlo. Me grité una y mil veces que todo en el mundo tenía un precio, hasta el corazón de una persona. Arthur fue bueno conmigo. No me demostró el desprecio que le inspiraba, quiso ser cariñoso, se esforzó por comportarse como un buen esposo... ¡No, no era él quien merecía morir!

Helen, con suavidad y disimulo, apartó la mano que Lucille retenía entre las suyas.

De haber visto el rostro de la muchacha en aquel instante, la desconsolada viuda de Arthur Graham hubiese comprendido que no solo en su marido despertaba repugnancia y desprecio.

Y quizá hubiera leído en la cruel expresión que lucían los rojos labios de Helen un sentimiento de odio, de rencor apenas contenido.

—Tía Lucille, estás agotada. Trata de echarte un rato sobre la cama; haz un esfuerzo por sosegar tu espíritu.

—No, mi pequeña Helen —musitó la de negro, esforzándose en deshacer el nudo que atenazaba su garganta—. Será inútil que trate de descansar.

—Por favor, tía. Sabes lo que ha dicho el médico. Ahora más que nunca debes velar por tu salud... Y si no quieres hacerlo, si tratas de

abandonarte porque también deseas morir, estoy aquí para impedirlo. Eres lo único que tengo en el mundo... ahora que tío Arthur se ha ido. Debes vivir para que yo no me sienta sola. ¿O no quieres hacer eso por mí?

Trató de acompañar su dificultosa y jadeante respiración.

—Sí... sí quiero hacerlo, debo hacerlo. Como se lo prometí a tu padre, Helen.

—Entonces, tía Lucille, te ruego que descanses. Un par de horas tan solo. Verás cómo te hace mucho bien. La cama de mí habitación está dispuesta. Yo no pienso acostarme... porque sé que tú no quieres que él se quede solo.

—No, Helen. Tú misma has querido que solo nosotras lo acompañáramos en esta última... —no pudo contenerse más. Rompió en un llanto agudo, casi histérico que convulsionó su frágil naturaleza, ¡en su última noche... la última!

Suavemente, Helen la ayudó a incorporarse de la silla.

—¿Quieres que te acompañe, tía?

Exhaló un largo suspiro.

—No, mi pequeña Helen —dijo trabajosamente—. Puedo ir sola. Tú quédate aquí. Con él... con Arthur.

Lucille Barston, apoyándose en la pared, salió de la habitación. Y de la misma forma, con fatigosos pasos y arrastrando los pies sobre la tupida alfombra que cubría el suelo del pasillo, caminó entre gemidos y suspiros hacia la habitación de su sobrina.

Posó una mano en el tirador y abrió la puerta con notoria dificultad. Transcurrió casi un minuto mientras tanteaba la pared en busca del conmutador y conseguir encender la luz.

Se quedó inmóvil. Desorbitados los ojos. Tratando de decirse que su cerebro fallaba, que estaba delirando que era víctima de una fantasmagórica alucinación.

Cayó de su mano el pañuelo de encaje.

Y de repente, como si acabara de recobrar la perdida consciencia de sus actos, lanzó un grito agudo, infrahumano, espeluznante.

Y rodó en tierra cual si la hubiera fulminado un rayo.

Al instante apareció en el umbral el rostro de Helen Barston. Y del siniestro féretro colocado encima de la cama saltó el cadáver de Arthur Graham.

El supuesto cadáver de un hombre que, muerto dos veces, seguía vivo.

—¡Te lo dije, Arthur! —exclamó la muchacha con sádica satisfacción—. Un plan perfecto.

Graham no se atrevió a mirar el cuerpo caído de su «viuda».

—¡Muévete! —le gritó a Helen con nerviosismo—. Hay que llevar el catafalco a la furgoneta.

Entre los dos, no con pocas dificultades, cargare con el ataúd y demás

ornamentos luctuosos.

Fue una tarea ardua, en la que tuvieron que hacer un par de altos para descansar. Arthur Graham decidió recorrer el jardín prudentemente antes de aventurarse a cruzarlo con la siniestra carga.

En efecto, tal como había asegurado el misterioso fabricante de cadáveres al darles las últimas instrucciones, la furgoneta aguardaba al otro lado de la puerta trasera.

Aparcada en el rincón más oscuro.

Un tipo de sucia catadura surgió de la oscuridad para ayudarles, sin cruzar con ellos una sola palabra.

Una vez cargado el ataúd, el silencioso fulano pasó al volante y desapareció con el vehículo a los pocos instantes.

—Bien, Helen —habló Arthur, agitada la respiración—. Ahora debo desaparecer. Ya sabes cuándo y dónde debemos encontrarnos.

—De acuerdo, Arthur —asintió ella—. Yo debo telefonear al médico. No es frecuente que marido y mujer mueran la misma noche en la misma casa. Pero no temas: como hasta hoy, todo seguirá saliendo bien.

Fue esta la despedida entre dos seres ruines que hacían intervenido en el plan perfecto para asesinar concebido por una mente misteriosa.

Helen regresó al interior de la enorme quinta que fuera de Lucille Barston, acompañada de sus sueños de ambición.

Muy cerca de cristalizar en realidad.

Arthur se perdió entre las tinieblas de la noche, formulándose aquella obsesionante pregunta que seguía martilleando sus sienes:

¿Quién había fabricado su cadáver?

Melville Gaywood pertenecía a una especie rara de animal con cierta alegoría a ser humano.

Su rostro era un compendio de fealdad gelatinosa y repulsiva que, ni los expertos maquilladores de Christopher Lee, hubiesen sido capaces de imitar.

Tenía los ojos clavados a martillo y cincel en el interior de unas cuencas desorbitadas que mostraban un blanco sucio surcado por vasos sanguíneos que parecían diminutos puntos rojos.

La boca era grande. Los labios gruesos, oscilando re pugnantemente el inferior, segregando de continuo por las comisuras una espuma blanquecina.

La adiposa papada, triple y grasienta, colgando como péndulo de un arcaico reloj, completaba la asquerosa recubierta de mistar Melville Gaywood.

Luego de pasarse cinco largos minutos contemplando la hermosa figura de la mujer que tenía sentada al otro lado de la enorme mesa de nogal, Gaywood, con su voz aguardentosa y desagradable, anunció:

—Miss Barston, tengo la impresión de que va a sentirse muy

decepcionada. Aunque me imagino, por las referencias que tengo, que como usted apreciaba mucho a sus difuntos tíos no les tomará en cuenta, especialmente a su tía Lucille, el hecho de que casi la ignorara en el momento de escribir sus últimas voluntades.

Helen Barston, escondida en el interior de un riguroso luto, se envaró. Sus pupilas se contrajeron y un brillo extraño, chispeante, las iluminó.

Con inseguro acento, dijo:

—No entiendo lo que trata de insinuar, míster Gaywood.

Melville Gaywood, notario del ilustre colegio de la ciudad de Los Ángeles, torció sus labios en una mueca desagradable que, en otra persona de mejor parecido hubiera equivalido a una sonrisa.

—Está por demás claro —se explicó, casi con regocijo—... Y ni falta hace que le regale los oídos con una serie de prolegómenos legales que la van a aburrir solemnemente. Creo mucho más práctico ir al «grano» y decirle de una manera concreta lo que su tía Lucille Barston ha legado para usted en su testamento.

—¿Y bien?

Gaywood se acarició cuidadosamente su grasienta papada. Miró a la hermosa mujer con expresión mortecina, siniestra diríase.

Pronunció:

—Está usted excluida del testamento. Nada, absolutamente nada, es lo que le corresponde en el legado de su tía Lucille.

Helen Barston, congestionado el rostro, asomando sus ojos al borde de las órbitas, mordiéndose los labios con desesperación, clavándose las uñas en la garganta, brincó en la butaca lanzándose materialmente sobre la mesa de nogal.

Con una expresión diabólica contrayendo todos sus músculos faciales, barbotó con inusitada fiereza:

—¡Es imposible! ¡Está usted mintiendo, asqueroso notario. Dígame... dígame cuál es su juego si en algo aprecia la pelleja. ¡Hable, cerdo maldito!

Melville Gaywood, impertérrito, inmutable, sin borrar de su cara aquella mueca que quería pasar por sonrisa, dejó que la mujer se expansionara.

Y luego, viéndola pasar de la desesperación al abatimiento, viéndola sentarse de nuevo en la butaca y hundirse en ella, dijo con su voz de borracho:

—Esto, *miss* Barston, no es una novedad para mí. Estoy acostumbrado a ver cómo los humanos se quitan de un manotazo el antifaz de bondad, honradez moral de rectos principios, conquie cubren su rostro en ese baile de máscaras que es la vida cuando, en lugar de las doce, suena esta hora en que el llorado difunto se ríe por última vez, desde el fondo de la tierra que lo cobija, de aquellos que tanto desearon para él una losa de mármol,

olores fúnebres y muchas lágrimas falaces conque rodearlas. La ambición, miss Barston, es noria gigantesca y mueve al mundo..., es una inmensa verdad que todos tratamos de negar y que no sabemos ocultar cuando un revés del destino nos niega la pequeña porción que de ella creemos nos corresponde. Usted parece inteligente y supongo que sabrá interpretar mis palabras, ¿no es así?

Helen Barston, apretados los labios hasta formar con ellos una línea recta e inmóvil, nada respondió; ante su silencio, dijo el notario:

—Sus insultos no me han ofendido, sus amenazas me dejan indiferente. Si bien no he de ocultarle que de acudir a la policía la pondría a usted en un grave aprieto. Yo no influyo en las últimas voluntades de aquellos que vienen a confiármelas ni tampoco les digo, a quién tienen que legar sus fortunas. Me limito, como es mi obligación a darles un carácter legal para que en su día surtan los efectos que el testador apetece. El caso de su tía Lucille no fue una excepción, porque en mi trabajo no se hacen excepciones. No puede usted pedirme cuentas de nada porque nada tengo que ver en lo que ella decidió ni tampoco en su decepción ambiciosa. Y como tampoco podrá pedirle cuentas a Lucille Barston, lo mejor es que se resigne a su suerte. ¿Qué otra cosa puedo decirle miss Helen Barston?

A la mujer le invadía el presentimiento de que aquel tipo repulsivo de ojos mortecinos y mirada ofensiva se estaba burlando de ella. Adivinaba en el fondo de aquella retórica un matiz irónico, una burla sutil, un morboso placer.

Helen Barston, convertida en una estatua, inexpresiva sus facciones como si estuvieran talladas en granito, musitó roncamente:

—Está equivocado, míster Gaywood. Puede decirme otra cosa.

Pareció sorprenderse el notario, demostrándolo al arquear sus velludas cejas e inclinar su cabeza hacia la izquierda.

—¿Otra cosa? —repitió.

Una sonrisa de hiena floreció en boca de Helen.

—¿A quién ha legado su herencia Lucille Barston?

Gaywood se hizo atrás instintivamente.

—No..., no puedo decirle eso.

—¿De veras?

Vio cómo la muchacha abría el bolso negro.

Podía buscar un paquete de cigarrillos, un pañuelo, una polvera quizá ya que, Gaywood creía tener experiencia, una mujer tomaba por buena cualquier ocasión para colorearse los labios o las mejillas.

Sí, podía buscar cualquier cosa.

¿Por ejemplo?

El revólver calibre 38 que apareció en manos de Helen Barston. Un arma impropia de ser empuñada por dedos femeninos.

Pero que cuando se mantenía alzada con la firmeza que lo estaba

haciendo la muchacha, resultaba igual de peligrosa que empuñada por el «killer» más eficiente del hampa.

—¡Se... ha vuelto loca! —tartajeó el notario, tratando de echarse hacia atrás y tropezando con el respaldo de la butaca que se lo impedía—. Si me mata...

—Si lo mato, míster Gaywood —terció ella con acento ominoso y expresión resuelta—, me darán un premio. Y hasta puede que su repugnante cabeza para que la cuelgue en mi salita de estar y presuma de haberlo cazado en un safari. ¿Va o no a decirme quién es el heredero de los bienes de Lucille Barston?

Melville Gaywood, a quién poco costaba sudar, lo estaba haciendo copiosamente.

Sus ojos parecían haberse escondido aún más en el fondo de aquellas cuencas blanquecinas y sanguinolentas.

Toda la grasa de su cuerpo se agitaba con tembloroso chapoteo.

—Le pesará..., le pesará lo que está haciendo.

—A usted sí le pesará esa losa de mármol que ha mencionado antes cuando la coloquen sobre su repulsivo cadáver. Óigame bien... —arrastraba las palabras con sádica entonación—, estoy dispuesta a oprimir el gatillo y asesinarlo fríamente sin ningún remordimiento. ¡Hable y pronto!

El notario tragó saliva.

—La heredera universal de Lucille Barston —dijo de un tirón, temiendo le faltase aire en los pulmones para completar la frase—, es su hermana gemela Agnes Barston.

Tras las palabras de Gaywood un silencio de sepulcro descendió sobre la estancia.

Hasta pareció que la mano que sostenía el 38 oscilaba ligeramente.

—¡Maldito hijo de hiena! —barbotó colérica la mujer—. ¿Trata de burlarse de mí?

—¡Le juro..., le juro que es la verdad, *miss* Barston —exclamó Gaywood, aterrado, viendo que ella adelantaba hacia su entrecejo el cañón del revólver—. Puedo leerle..., si quiere puedo leerle el testamento.

Sonrió Helen odiosamente.

—Agnes Barston, carroña de notario, murió hace veintidós años en un accidente de aviación. ¿Ha oído bien? Agnes era actriz cinematográfica. En octubre de 1943 a su regreso de El Cairo en donde había filmado algunas secuencias de la película que estaba rodando en aquellas fechas, el avión que la devolvía a Hollywood se incendió en el aire al explotarle un motor y se precipitó al Mediterráneo, en llamas, a la altura de Sicilia. De los veinticinco pasajeros y cuatro tripulantes que llevaba el vuelo, no se salvó nadie. ¡Nadie, míster Gaywood! ¿Pretende que me trague lo de la herencia?

El notario adelantó la palma de sus manos hacia Helen como si le pidiera una tregua.

—¡Espere..., por favor! —suplicó casi lloroso.

Soltó ella una carcajada sardónica.

—¡Imbécil! ¿Esperar? ¿A qué he de esperar? ¿A que tenga tiempo de inventar otro cuento y colocármelo entre sollozos y suspiros como una vieja asustada? No, Gaywood, no. Lo único que espero es que suelte esa lengua de víbora para contarme la verdad... ¡la verdad! Quiero saber qué clase de prestidigitación se trae con el testamento de Lucille Barston... o la persona que le paga rara representar esta comedia. ¡Por su bien, Gaywood, suelte la verdad! ¡Hágalo o le rellenaré su pestilente abdomen con una dosis de plomo que no podrá digerir! Un minuto, notario... un minuto para que empiece a hablar.

—¡Es la verdad, *miss* Barston! —clamó el hombre con igual tono que si rezara su oración postrera—. Pero déjeme, déjeme que se lo explique.

—Treinta segundos, notario Gaywood.

—¡Agnes no murió en ese accidente de aviación!

Helen Barston adelantó unos centímetros el cañón del revólver que seguía empuñando con decidida firmeza.

—Está resuelto a morir, ¿eh?

—¡No! ¡Espere!

—¡Quiero la verdad, Gaywood, la verdad! Son días, meses y años, detrás de los millones de Lucille. Yo soy la única y universal heredera, Agnes murió, notario... murió!

—¡Está equivocada, Helen Barston! Su tía no murió. Tengo pruebas de ello.

—¿Pruebas?

—Como usted ha dicho —se apresuró a decir el hombre, aprovechando aquellos instantes indecisos de Helen—, el avión se estrelló en el Mediterráneo muy cerca de Sicilia. El oleaje arrastró varios de los cadáveres mar adentro, y entre ellos, el cuerpo de la única superviviente del trágico accidente. Una embarcación pesquera recogió a su tía Agnes cuando estaba a punto de ahogarse. La trasladaron a un pequeño pueblo del sur de Sicilia donde por espacio de varios meses la estuvo atendiendo el único médico que allí residía. Agnes Barston jamás volvería a ser la famosa actriz mimada de todos los públicos. El incendio había castigado su rostro con graves quemaduras, desfigurándolo casi por entero. Además, sufría un ataque de amnesia a consecuencia del terrible «schok», con alarmantes síntomas de una pérdida total y definitiva de la memoria.

»Agnes Barston, a quién los pescadores pusieron Giovanna, residió por espacio de dos años en aquel pequeño pueblo de Sicilia. Hasta que un día, Joab Ben Ami, anticuario judío que con el resto del pasaje de un transatlántico se había visto obligado a efectuar escala en el pequeño

puerto, mientras se reparaba una avería en lo nave, se interesó en ella. Y más, cuando los pescadores le hubieron contado la historia de Giovanna. Joab era un solterón de avanzada edad que buscaba la interesada compañía de alguien que lo atendiera, que lavara y planchara su ropa, que cuidara de él en su ya próxima vejez por una cuota módica. Poco le importaba el horrible aspecto del rostro de Agnes si ella podía ser la mujer que tanto tiempo andaba buscando. Él se preocupó de dar a Giovanna una falsa identidad que les permitiera casarse, y la llevó a Hong Kong, en donde tenía una red de establecimientos de antigüedades.

—Empiezo a aburrirme con tanta historia, notario.

Gaywood miró el fatídico ojo del 38. Se estremeció y dijo:

—Ya llego al final, *miss* Barston. Muchos años, creo que en 1952 según me explicó su tía Lucille, hubieron de transcurrir antes. Agnes Barston no recuperó su verdadera identidad. Joab Ben Ami poseía en una de sus tiendas un grupo de tres figuras, la trilogía de no sé qué fetiche chino, valoradas en una cifra astronómica. Una noche se introdujeron en el establecimiento varios individuos armados dispuestos a robar las estatuillas. Joab trató de hacerles frente y fue asesinado. Giovanna, que salió alarmada por el estrépito, fue herida de gravedad. Y en el hospital donde la internaron, recuperó la memoria perdida en el accidente de aviación el año 1943.

Viendo que el notario hacía una pausa, Helen le acució, preguntando:

—¿Qué ocurrió entonces?

—Al salir del hospital, Agnes trató de localizar el paradero de sus hermanos. Se enteró de que Alexis, su padre *miss* Helen, había fallecido poco tiempo atrás. Tardó unos meses en dar con Lucille, y cuando lo consiguió, en una extensa carta relató lo que había sido de su vida desde el momento en que el avión en que regresaba de El Cairo se precipitara a las aguas del Mediterráneo. Lucille, asombrada por las inesperadas noticias de la que creía muerta, le rogó en varias misivas que regresara a Norteamérica para vivir con ella e iniciar un largo descanso de tantas emociones como había sufrido. Agnes se negó repetidamente a aceptar el ofrecimiento de su hermana. Prefería que los que la admiraran en su época esplendorosa de actriz siguieran guardando de ella la imagen que tantas veces contemplaran en la pantalla. Ofrecer su rostro quemado y desfigurado después de tantos años, sería como romper el encanto de quienes conservaban de ella la hermosa imagen de una Agnes Barston radiante y pletórica de hermosura. Por otra parte, lo que le había correspondido a la muerte de su esposo le permitiría vivir sin estrecheces ni preocupaciones el resto de sus días.

Hubo un silencio largo y espeso. Silencio que se le antojó a Gaywood preñado de agoreras amenazas.

Helen Barston, sin desviar un milímetro el cañón del revólver que

apuntaba al entrecejo del notario, habló en tono helado:

—Imaginemos por un momento, imbécil del demonio, que esa leyenda sea cierta. Que Agnes Barston y su rostro quemado vive en Hong Kong. ¿Por qué Lucille iba a nombrarla heredera universal de su fortuna si sabía que ella tenía dinero, que tenía cubierta su existencia..., sin estrecheces ni preocupaciones como usted ha dicho? ¿Por qué nombrar heredera a Agnes Barton?

Melville Gaywood trató de limpiarse la sudorosa y grasienda frente.

—Se..., se lo he dicho, *miss* Barston. Yo no sé el porqué. Su tía Lucille me contó la historia de Agnes y cómo podría focalizarla cuando el momento llegase... pero, ¡se lo juro! no me habló de los motivos que la impulsaban a nombrarla heredera en su testamento. Es algo que nunca... que nunca podremos saber.

—¿Dónde está ahora Agnes?

—Supongo que camino de Los Ángeles. La telegrafíé hace un par de días para que se personase en mi oficina a efectos de hacerse cargo de la herencia que legalmente le corresponde.

—Bien, notario Gaywood —anunció Helen, mirándole fijamente con el siniestro brillo de sus pérfidos ojos—. Por el momento no me queda otro remedio que esperar..., esperar a que Agnes Barston me nombre heredera universal de su testamento. Voy a hacerle una advertencia, sucio reptil: Va a estar vigilado día y noche, ¿entiende? En el momento que trate de ponerse en contacto con la policía... habrá firmado su sentencia de muerte ¡Su sentencia de muerte, notario Gaywood!

Hielen Barston se puso en pie. Y sin dejar de apuntar al hombre, fue retrocediendo de espaldas a la puerta hasta chocar contra ella.

—¡Cuídense, Gaywood! —exclamó sardónica en el momento de salir.

Restalló la bofetada como un pistoletazo.

La mujer dio dos vueltas sobre sí misma, trastabilló luego y acabó por derrumbarse encima de la alfombra.

Desordenado el amarillo cabello. Encogida la falda por su posición permitiendo ver la hermosura de sus extremidades inferiores.

Encendidos los ojos por un brillo diabólico.

—No has debido pegarme, Red —articuló rencorosamente—. Ponerme la mano encima ha sido un error que pagarás muy caro. Lo he hecho todo por ti, me arder las yemas de los dedos de tanto jugar con fuego por ti, me he convertido en cómplice de un crimen... he estado a punto de matar... otro hombre está siendo víctima de un engaño. ¡Todo por ti, Red!

Red Benet la miró, despectivamente desde lo alto de sus seis pies de estatura.

La fulminó con el verde oscuro de sus misteriosas pupilas.

—¿Quién es el que está siendo víctima de un engaño, Helen? ¿El... o yo? Jamás debí creer esa absurda historia de cadáveres prefabricados que sirven para ocasionar la muerte de viejas millonarias y convertir en herederas a sobrinas ambiciosas, pérfidas... muy hermosas y de instintos muy retorcidos. Alucinante mi pequeña hiena..., alucinante fábula con la que has tratado de ligarme a ti... ¿Cómo...? ¿qué estás enamorada de mí? ¡Estúpida farsante! ¿Eres tú capaz de amar a alguien que no sea el dinero? Nos estás usando a unos y otros para coronar la cima de tus ambiciones... ¿y luego qué? Te vas deshaciendo de tus colaboradores. ¿Pretendes que me trague el «camelo» de tu tía resucitada? ¡Qué imaginación la tuya! Accidente de aviación, oportunos pescadores, judío errante a la medida, tiendas de antigüedades... Hong Kong, y la tía Agnes con su cara quemada a embolsarse los millones de su hermanita gemela. ¡Fabuloso, mi pequeña hiena! ¡Extraordinario! ¿No has pensado nunca en escribir novelas?

Hizo el hombre una pausa para mirar a la que seguía tendida encima de la alfombra.

—Helen Barston —agregó seguidamente con peligrosa ironía, habrás podido jugar con muchos hombres en el transcurso de tú podrida existencia, pero yo, Red Benet, voy a ser el último títere de tu macabro escenario de polichinelas. Ahora mismo, antes de que me ponga nervoso y te destroce a golpes, antes de que deje tú cara más irreconocible que la de tu resucitada tía Agnes, vas a poner tus cartas sobre el tapete y a descubrir tu juego en esta partida siniestra.

Helen se incorporó lentamente. Clavó sus ojos en el hombre sustituyendo el brillo diabólico por una mirada sumisa.

—Red —musitó dócilmente—, yo te amo...

Una segunda bofetada, aplicada con mayor violencia que la primera, llevó a la rubia de nuevo contra el alfombrado suelo.

—Melodramas no, mi adorada víbora. Quiero una confesión... un «mea culpa». ¿Entiendes?

Helen brincó del suelo con la respiración jadeante. Oscilando su busto erecto al compás de agitadas palpitaciones.

—¡Maldito cerdo!

Y mientras gritaba el insulto trató de precipitarse sobre su bolso, abrirlo y extraer el revólver que en él guardaba.

El pelirrojo Red fue mucho más rápido. De un salto la atenazó por la cintura lanzándola al otro extremo de la estancia.

—Hiena de lomo dorado —le espetó arrastrando las palabras—, ¿quieres que te destroce de una golpiza? ¿Buscas eso?

Helen Barston, apoyada la palma de sus manos contra la pared, recorrió la pieza con ojos chispeantes cual si buscara una escapatoria.

Red Benet se plantó en dos zancadas junto a la puerta. Dio vuelta a la llave y la guardó en el bolsillo del pantalón.

Luego, con estudiada lentitud, fue doblando brazo arriba las mangas de su camisa deportiva.

—Estoy dispuesto... dispuesto a matarte de una paliza, Helen. ¿O prefieres hablar?

—Tú ganas —pronunció ella con odio concentrado—. Pero si me dejas salir de aquí con vida, seré yo quien te mate, Red. ¡Te perseguiré hasta el último rincón del mundo para matarte como a un perro rabioso!

—Correcto, cariñosa. Pero me gustabas mucho más cuando me hablabas de amor, me besabas... y me explicabas los hermosos proyectos que hervían en tu retorcido cerebro. ¡Oh! ¿he dicho mal? Perdona. Nuestros proyectos. Los que teníamos que realizar con la fortuna que heredarías a la muerte de tu delicada tía Lucille. ¿Con quién pensabas llevarlos a cabo en realidad? ¿Con el infiel Arthur Graham... con su cadáver prefabricado? Anda, no seas modesta, díselo a tu amado Red!

—¡Regójate, revuélcate en el cieno de tu cobardía ahora que puedes, Red Benet! Sí, voy a decírtelo. Tía Lucille me había dicho en varias ocasiones que yo sería la única heredera de su inmensa fortuna. A su marido no pensaba dejarle más que una módica pensión mensual que le permitiera vivir holgadamente a él solo... solo, para que no dilapidara la fortuna de ella con otras mujeres. Arthur Graham ignoraba eso. Pero yo lo necesitaba para que me ayudara a eliminar a Lucille. Luego, muerta, entraría yo en posesión de los millones y me largaría contigo a cualquier parte de Europa o Sudamérica. Arthur se quedaría con su módica pensión y burlado por mí astucia. Jamás pude convencerlo para que se decidiera a eliminarla... ni mis palabras, ni mis promesas ni mis caricias fueron suficientes para espolear su cobardía...

—¿Qué hay de esa historia del cadáver prefabricado?

—Es algo que aún no he logrado comprender. Nada supe de eso hasta que acudí con Arthur a la misteriosa cita. En un principio estaba asustada y sorprendida, pero luego, al comprender que el oculto desconocido me ofrecía en bandeja de plata la solución que tanto tiempo llevaba buscando, pude convencer a Graham para que aceptase. ¡El muy cobarde! Hasta de eso tenía miedo. Todo salió bien... de acuerdo con el perfecto plan trazado por nuestro misterioso colaborador.

—Y como tú estabas segura de recibir la herencia...

—¡Espera! No he terminado. Yo te amaba, Red, mi ambición y el conseguir tu amor para siempre eran mi única meta. El motivo que me había impulsado a manejar a Arthur y a convertirme en cómplice de ese asesinato..., también prefabricado. Yo sabía que Lucille Barston había confiado su testamento a Melville Gaywood y empecé a preocuparme cuando transcurridas cuarenta y ocho horas de la muerte de ella, no recibía llamada o citación por parte del notario para escuchar la lectura del testamento. Hoy, cuarto día, he decidido acudir personalmente, y como

a ti ahora, me ha parecido imposible la historia que Gaywood ha relatado con respecto a la Agnes Barston que todos creíamos muerta.

—Voy a darte la ilusión de que creo en tus palabras —anunció el espigado pelirrojo con despectiva jactancia—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Helen Barston, con expresión de fiera salvaje acorralada, contrajo sus brillantes pupilas a la vez que torcía sus labios.

Hermosos labios en ocasiones.

Preguntó despótica a su vez:

—¿Qué harías tú, Red?

Sonrió burlón el tipo.

—Se me ocurriría, por ejemplo, sobornar a Gaywood...

Soltó ella un respingo.

—¿Sobornar a Gaywood?

—Natural, pequeña víbora. Si apuntándolo con un revólver has conseguido que te contara algo que es un secreto profesional, ¿no lo es divulgar la identidad de un heredero sin su consentimiento? quizá podrías conseguir que alterara un nombre en el testamento. Sustituir Helen por Agnes... ambos tienen cinco letras. Y como el apellido no hay que alterarlo, ¿cómo no se te ha ocurrido eso, mi inteligente hiena? Tú que calibras todos los detalles, tú que no vacilas en jugar con un hombre o una vida para conseguir tus fines, ¿cómo no lo has pensado? ¿O es acaso que eres en realidad la heredera, y no es Gaywood sino tú, Helen Barston, quien ha urdido la increíble historia de un rostro incendiado que pertenece a una Agnes resucitada por obra y gracia de tu ambición?

—¡Qué estúpido eres, Red Benet! Tan estúpido como cobarde es Arthur Graham. ¿Por qué estaré rodeada de hombres que no sirven para nada?

—Olvidas los muchos... «servicios» que te he prestado, ¿no?

Helen estuvo tentada de escupir en su rostro de hombre guapo, de «gigoló» atractivo. Pero no lo hizo.

—Dices que yo he urdido esa historia, ¿verdad? Pues va a ser muy fácil comprobar que no. Apuntaré de nuevo a Gaywood con mi revólver en tu presencia y le obligaré a que nos lea el testamento, ¿te parece bien?

—O me vuelvo muy sentimental a veces, o es que la sinceridad que emana de tus dulces palabras empieza a convencerme. En lugar de obligarle a leer el testamento, ¿por qué no le obligas a que sustituya las cinco palabras de Agnes por las de Helen?

—¡Imbécil y cien veces imbécil! ¿No comprendes que Gaywood ya ha telegrafiado a Agnes Barston para que venga a Los Ángeles?

—Entonces —apuntó Red, entre nervioso y burlón—, ¿vas a permitir que «cara quemada» se embolse los millones que ya creías en tu mano?

—No, Red Benet, no. Soy demasiado ambiciosa para renunciar a esa fortuna por la que tanto he luchado. Ni a ti voy a renunciar..., aunque merecías que te odiara por lo que acabas de hacer conmigo. ¡Será nuestro

el dinero, por entero nuestro!

—¿Sí? —fingió sorprenderse él burlonamente—. ¿Te importa decirme cómo vas a conseguirlo?

Helen se apartó de la pared. Caminó junto a ella hasta dejarse caer en un pequeño butacón.

Cruzó sus esbeltas piernas con descarada negligencia. Dirigió al pelirrojo una sonrisa de triunfo, invitación y desprecio a la misma vez.

Habló enfática:

—Yo que calibro todos los detalles, como tú has dicho, he pensado que mi chamuscada tía Agnes puede nombrarme heredera universal de su propia herencia.

—¡Vaya tía generosa! —se mofó el hombre—. Viene de Hong Kong para formalizar los trámites notariales que le permitan a su angelical sobrina entrar en posesión del legado que a ella le corresponde. O te has vuelto rematadamente loca, o eres la ilusa más grande que he conocido.

—¿De veras, pelirrojo? —inquirió ella en igual tono burlón—. ¿No has oído hablar de ciertos individuos especializados en escribir con la exacta caligrafía de otros? ¿No has sabido de casos en que una tía millonaria escapada milagrosamente de un accidente de aviación... no ha escapado a las ruedas de un coche o al profundo abismo de una montaña?

Red Benet soltó un par de estentóreas carcajadas.

—Falsificar un testamento y «liquidar» a Agnes, ¿se resume así tu nuevo plan?

—Exactamente.

—Y luego, ¿tú y yo a Brasil... o mejor a las costas de Europa?

—Ese aspecto de mi plan te lo dejo a tu libre elección.

—¡Fascinante!

Ambos se miraron en silencio. Y el transcurso de éste se vio truncado, inopinadamente, por un ruido que sonaba igual que un corcho al salir despedido del opresor gollete de una botella.

Un taponazo.

Y con él, la cerradura que Red Benet había cerrado precavidamente, saltó de su lugar.

Se abrió la puerta con estrépito recortándose en el umbral la silueta jadeante de Arthur Graham.

Su expresión homicida. Sus ojos desorbitados e inyectados en sangre. El siniestro cañón de la pavonada automática que empuñaba.

Con su tubo silenciador.

—¡Perfecto, sí. Fascinante en verdad, sin duda! —exclamó con voz ronca en la que destellaban odio y rencor—. Todo, Helen. Lo he oído todo... ahí, al otro lado de la puerta. ¡Ah, encarnación del diablo, alimaña venenosa! Burlado, ¿eh? Por tu inteligencia...

—Arthur, espera —hablo ella sin moverse, tratando de distraer su

atención para que Red pudiera actuar—. Te ayudaré, juro que te ayudaré. Tendrás dinero en abundancia cuando consiga mis propósitos...

—¡Tus propósitos! —tronó, soltando a continuación una espeluznante carcajada—. Ya nada conseguirás en este mundo, perra asquerosa. ¡Nada! ¡Porque voy a matarte! Y luego seré yo quien se apodere de la...

Se interrumpió bruscamente. Extraviada la mirada.

Y cuando Red se disponía a saltar sobre él, aprovechando lo que suponía una distracción, Graham oprimió el gatillo por dos veces.

Dos taponazos.

Helen Barston no tuvo tiempo de saber que sus planes y proyectos jamás cristalizarían. Que su ambición acababa de terminar.

No tuvo tiempo de saber que estaba muerta.

Arthur, sí la vio caer en la alfombra sobre el charco de sangre que nacía rápidamente de los dos agujeros abiertos en su pecho; sí la vio retorcerse agónicamente hasta quedar inmóvil.

Como un cadáver prefabricado sobre el violáceo acolchado de un ataúd.

También vio por el rabillo de sus ojos estrábicos el felino salto conque el amante de su sobrina impulsaba su cuerpo hacia el suyo.

Medio giro. Otro taponazo.

Red Benet se detuvo bruscamente. Como si las fuerzas le hubieran abandonado una décima de segundo antes de culminar su ágil *plongeón*.

Cual si hubiera estampado su frente contra un muro invisible.

Cayó a plomo. Con un agujero en el entrecejo.

Muerto. Con sus ambiciones y las de ella. Con su rostro de hombre guapo. Con su mezquindad.

—. ¡Nadie! —jadeó Graham en un arranque de vehemencia con visos de locura—. ¡Nadie se burlará de mí! ¡Nadie me arrebatará esa herencia! ¡Nadie que tenga la cara bonita... como tú, Helen! ¡Nadie que la tenga quemada... como...!

—¿Cómo yo? —preguntó una voz a sus espaldas.

Arthur Graham giró como un rayo reflejada en sus ojos aquella expresión de homicida enajenado.

Sádico.

Y tropezó con la mujer vestida de luto que empuñaba una pistola.

Con la mujer que mostraba su horrible rostro lleno de quemaduras.

—¡No! ¡Maldita...!

Fueron segundos valiosos los que perdió con su asombro y sorpresa. Sus ojos inyectados en sangre se llenaron con la luz del fatídico «flash» producido por los fogonazos.

Por los dos disparos que se confundieron en uno solo y atronaron las paredes de la estancia.

Durante una décima de segundo experimentó la sensación de que su

cabeza explotaba. De que se esparcía por todos los rincones convertida en pequeños fragmentes.

Una décima de segundo.

Porque ya estaba de bruces en el suelo. Acompañando con su cadáver y su cobarde ambición a los que yacían cerca de él.

Un lienzo de mezquindad humana representado por tres cadáveres.

Fabricados esta vez con ardiente plomo.

—¡Nadie, Arthur! —habló la enlutada con escalofriante tono—. Nadie va a quitarte nada... ¡nadie, nadie, nadie!

Nada y todo, nos lo arrebató la muerte.

—¡NADIE!

Vestía el hombre una bata blanca y llevaba las manos embutidas en unos guantes de goma.

—¿Has quemado el cadáver de Anthony Burney?

—No es exacta la expresión —adujo con tono pausado el de la bata blanca—. Lo he convertido en un polvo tan finísimo, que hasta a los alemanes les daría envidia de haberlo sabido entonces.

—Bien, Morrison —repuso la mujer de negro que cubría su rostro con un tupido velo de igual color— Reconozco que has sido un colaborador inestimable. Con muchos hombres como tú, la ciencia estaría a estas alturas mucho más adelantada.

—Elogio —atajó Morrison con sucia sonrisa—, que sin duda no merezco. He tratado con lo bueno y mejor del mundo del hampa cosa que, como tú sabes, me costó el título y la carrera. He conocido cerebros extraordinariamente dotados para la maldad y el crimen, pero el rayo... Agnes Barston rebasa todos los cálculos que puedan formular los expertos en criminología. Con inteligencias como la tuya, esos policías científicos de la actualidad que tratan de establecer los motivos criminales a través de estudios psicológicos, no cosecharían más que fracasos. Lo que tú has planeado y llevado a cabo, es la estructura diabólica más perfecta que jamás se haya concebido, imaginado o escrito en los anales del crimen.

El tupido velo ocultó la sonrisa escalofriante que se había formado en labios de la mujer.

—Esa estructura diabólica como tú le llamas, de nada hubiera servido concebirla sin haber contado con, un colaborador tan eficiente como ha demostrado serlo el doctor Morrison, ¿no crees?

Se encogió de hombros el aludido.

—Lo único que creo, es que el colegio de médicos de Los Ángeles y el F.B.I., me hicieron un favor inestimable al retirarme el título. Gracias a ello acudiste a mí para que colaborara, y gracias a esa colaboración he obtenido una cantidad que no hubiera ganado en veinticinco años de digna

carrera e intachable integridad profesional. Hubo una época de mi vida en la que no me importaba el dinero. Esa etapa en la que uno vive de ilusiones, de promesas a sí mismo, de sueños que nunca se realizan. Cuando se tiene ese ideal que cada uno consideramos el más hermoso del mundo. Al asomar a la vida y ver que se desvanecen las ilusiones, que solo se debe soñar dormido, que las promesas vuelan con el viento y que los ideales son fantasías y espejismo del espíritu... se ama lo material. Los instintos animales y el dinero, medio éste para conseguir satisfacer aquellos, para lo cual se obliga uno a obtener aquél.

—¡Toda una filosofía de la vida, Morrison! —exclamó con sorna la enlutada—. Retorcida...

—Tanto como las ideas de tu cerebro y las...

—... Pero filosofía al fin y al cabo.

De repente se hizo entre ambos un prolongado silencio.

—¿Qué piensas hacer ahora... Agnes? —lo rompió Morrison con esta pregunta.

—¿Hacer?

—Me refiero a si tienes en ciernes algún nuevo proyecto.

—¡Oh, no! —exclamó la mujer—. Nada de eso, doctor. Ya he llegado al final de mi carrera. Cuanto tenía que hacer está hecho. Mañana me haré cargo de la herencia... ¿comprendes? y seguidamente ocultaré mi rostro quemado y mi nostalgia en la mansión de Lucille Barston.

Ahí podré llorar la pérdida de esos seres queridos que me han abandonado tan trágicamente.

Morrisonladeó la cabeza mostrando en sus ojos una llama de inquietud.

—Hemos... has descuidado algo, Agnes.

—¿Y es?

—Helen Barston, Red Benet, Arthur Graham. Tres cadáveres que encontrará la policía y que motivaran la consecuente investigación.

—Poco les costará averiguar que la pistola de Arthur ha disparado los proyectiles que han causado la muerte de Red y Helen.

—Correcto. Pero, ¿qué pensarán al encontrar a un Arthur Graham que se supone muerto y enterrado a consecuencia de un corte de digestión?

—Sencillo. Tratarán de exhumar el cadáver y se encontrarán con un ataúd vacío. ¿No me has dicho que de Anthony Burney solo queda el polvo?

—Así es.

—Un callejón sin salida para los modernos policías sicólogos. Y si tienen la ocurrencia de exhumar también el cadáver de Lucille Barston... ya sabes, ¿no Morrison?

Asintió el de la bata blanca con cabezazo contundente.

—Sí, veo que tienes razón. Cuando se cansen de investigar guardarán

el caso en la carpeta de los: «POR RESOLVER».

—No lo dudes, Morrison. Así será. ¿Crees acaso que mi... diabólica estructura como tú le llamas, puede tener un resquicio abierto que permita a la policía encontrar la más ligera pista?

—No. Estoy convencido de que no. Por tu bien claro está...

La enlutada habíase puesto en pie. Caminaba con medidos pasos hacia la enorme puerta de hierro y madera que se abría al fondo de aquella estancia de paredes resquebrajadas y deslucidas.

Con una mano en el gimiente cerrojo se volvió para decir con extraño acento:

—Desde luego que por mi bien, doctor Morrison.

Algo raro debió comprender el hombre que encerraban aquellas palabras, ya que alzó la cabeza para mirar fijamente a la mujer.

Que ahora empuñaba una pistola tan negra como sus vestiduras.

—¡Qué... qué pretendes!

—¡Ok, doctor, perdóname! —se burló ella con cruel acento de mortal presagio—. Cuando me has preguntado lo que pensaba hacer..., lo de mis proyectos en ciernes, he olvidado responder que mi proyecto inmediato era matarte.

Unas rayas de brillantes puntitos perlaron la frente del hombre. Un estremecimiento fustigó su cuerpo.

Articuló, o trató de hacerlo:

—¡No..., no tienes motivos! ¡Matarme! ¿Por qué?

—¿De veras no sabes el por qué? —preguntó a su vez ella con siniestro sarcasmo—. Te lo diré, Morrison. Te lo diré. Todos los reos de muerte tienen derecho a una última voluntad. Porque los hombres que han trabajado en este gigantesco proyecto, te conocen. Han tenido contacto contigo..., pero a mí me desconocen. Ellos pueden conducir hasta ti, tú hasta mí. Si rompo la cadena por el eslabón clave, el enlace entre ellos y yo, mi identidad permanecerá por siempre en el misterioso incógnito. ¿He pensado mal, doctor?

Morrison, perdida la serenidad, sabiendo que de todas formas su suerte estaba echada, trató de abrir el cajón central de su rústica mesa de despacho.

Permitió la mujer que llegase a tirar de él, que casi lo abriera por completo.

Entonces, oprimió firme y fríamente el gatillo de la pistola.

Tres veces consecutivas.

Viendo saltar el cuerpo de Morrison al compás de los impactos hasta chocar contra la mesa, rebotar en ella y desplomarse finalmente sobre el cemento.

Con la blanca bata teñida de frescas listas rojas.

—¡Nadie, Morrison! ¡Nadie llegará hasta mí!

Las llamas crepitaban a gran altura convirtiendo en imagen fantasmagórica la vetusta construcción que fuera un día de sir Lawrence Stockbridge.

Desde el desvío que por la general de Los Ángeles-Bakersfield conducía a Santa Bárbara, podía contemplarse con toda nitidez el rojo avance del fuego que amenazaba peligrosamente, de inmediato, absorber con su devastador flamear el verde frondoso de los bosques circundantes.

El fondo azul que prestaba el cielo a la voz acción de las llamas, parecía teñirse paulatinamente de ígneos matices sangrientos.

Eran muchos los ocupantes de automóviles que habían saltado del interior para acercarse a la cuneta y contemplar sobrecogidos el rojizo y llameante espectáculo que, merced al viento, traía hasta sus cuerpos rafagazos de calor.

Alguien había avisado al puesto de policía más cercano.

Pero aún tardaron muchos minutos en dejarse oír las estridentes sirenas de ambulancias, coches policiales y de bomberos.

Una mansión deshabitada. Un incendio incomprensible.

Lo que nadie podía imaginar en aquel instante, era que las ardientes llamas que alzaban al cielo sus crestas crepitantes significaban, última etapa y fin, en la estructura diabólica nacida de la mente de un ser siniestro, retorcido y ruin.

Un ser hasta el que nadie podría llegar.

¿Nadie?

UNA FOTO, ABRE UNA INVESTIGACION

—¿Por qué ha acudido a mí precisamente, *mistress* Burney?

Alan Drove siempre efectuaba la misma pregunta cuando un presunto cliente tomaba asiento al otro lado de su mesa.

Entretanto, él lo estudiaba.

Drove rondaba muy cerca de los treinta. Y su altura, muy cerca de los ciento noventa centímetros. Su rostro, sin tener rasgos que sobresalieran en particular por su perfección, resultaba, en conjunto, agradable.

Y quizá la mirada de sus ojos castaños, vulgares sí se quiere, tenían en determinados momentos un extraña magnetismo.

Una personalidad acentuada.

Su cuerpo era el de un perfecto atleta. Desde los anchos hombros, hasta la cerrada cintura por debajo de un fornido tórax. Quizá un par de kilos más, no le hubieran sobrado a su estirada naturaleza.

—Su fama en esta ciudad es notoria, míster Drove. Todas las personas importantes de San Francisco confían a usted la solución de graves problemas. Y eso como es lógico, hace que usted se cotice como ningún otro. Yo, míster Drove, no tengo demasiado dinero no sé si alcanzaré a pagar el precio de sus honorarios. Pero trabajaré día y noche si es preciso para...

—¡Por favor, *mistress* Burney! —cortó el detective con una sonrisa, animosa—. Todavía no hemos llegado a ese punto.

Alan, siguió mirando a la mujer con aquella su profesional fijeza. Pero no de manera inquisitiva, y mucho menos de forma que ella pudiese sentirse incómoda y nerviosa.

Era una forma de mirar abierta y comprensiva, objeto de estudio si se quiere, pero que terminaba por hacerse agradable y familiarizar al que

hasta allí había llegado para narrar sus vicisitudes con el hombre que debía escucharlas.

Un mudo diálogo que deshacía el hielo existente entre dos personas desconocidas hasta entonces.

Drove apartó sus ojos castaños de los azules de la mujer, diciéndose a sí mismo que Laura Burney le inspiraba confianza.

Con su humilde vestido de percal, con su cutis blanco libre de cremas y afeites, con sus ojos transparentes de sincera expresión.

Con la innata bondad que irradiaba su persona.

—«...No tengo demasiado dinero y no sé si alcanzaré a pagar el precio de sus honorarios».

¿Qué importaba eso? ¿Qué relación existía entre el dinero y el sentimiento noble de prestar ayuda a quien la necesitase?

A una mujer sencilla y buena.

—¿Va usted a investigar la desaparición de mi esposo, míster Drove? —preguntó la mujer, con cándido acento en el que vibraba una nota de esperanza.

Drove volvió a sonreírle. Jugueteó unos instantes con el pisapapeles que tenía encima de la mesa, alzó la cabeza muy despacio y contestó resuelto:

—Sí. Voy a investigar.

—Y ¿cuánto...?

—¡No, no, no! —volvió a interrumpirla el detective—. Le ruego que no insista sobre ese punto. ¿De acuerdo *mistress* Burney?

Posó en el hombre una mirada de sincero agradecimiento.

—De acuerdo.

Alan se recostó indolente en el respaldo de la butaca giratoria.

—Hábleme de su marido.

Laura Burney inclinó la cabeza cual si tratara de ocultar una vergüenza que, sin ser la suya, era muy suya.

—Es triste tener que hablar de él —musitó con voz tenue—. No es que sea malo, míster Drove, no lo es. Pero tampoco ha sido hasta ahora un buen esposo.

—Todo lo que se hable entre estas paredes —adujo Drove para tranquilizarla—, es estrictamente confidencial. Puede explicarse con toda tranquilidad y con la garantía de que nadie ha de saber una palabra de cuánto me diga.

—Lo sé, lo sé, míster Drove. Pero aun así, hay cosas que me se hacen muy difíciles para una mujer.

—Como dar publicidad, aunque sea íntima, a las correrías de un esposo mujeriego y libertino. ¿Es eso, *mistress* Burney?

—Es eso.

—Bien —habló el detective con aquella sonrisa que infundía confianza

en los más reacios—, empiece por el principio.

—La historia es larga —repuso ella de inmediato—. O corta. Según se quiera.

—Tengo todo el tiempo que necesite para explicarse.

Laura engarfió sus dedos en el asa de aquel sencillo bolso que parecía constituir todo su patrimonio.

—Nos casamos hace seis años —dijo repentinamente—. Anthony se dedicaba entonces a la reparación de televisores, y la verdad, su sueldo no era holgado para mantener a dos personas. Y menos lo fue al cabo de un año, cuando nació nuestro primer hijo. Algunos meses después, Anthony consiguió colocarse en una factoría de electrodomésticos con lo que nuestra posición mejoró notablemente. Hoy... —un suspiro profundo brotó en labios de la mujer—, pienso que hubiera sido mejor seguir viviendo con aquel sueldo módico. Al principio, todo siguió igual. Pero la paz de nuestro humilde hogar duró muy poco tiempo. Anthony hizo una serie de amistades poco recomendables que empezaron a influir notablemente en su conducta. Cada semana iba entregándome menos dinero, y si yo alguna vez iniciaba una protesta, me respondía desabrido que con la misma cantidad me había arreglado en otros tiempos.

—¿Averiguó usted en qué gastaba el dinero que no le entregaba?

—No... al principio —murmuró la mujer—. Tony, mi hijo, contrajo una enfermedad que se prolongó mucho tiempo. Tuve que ponerme a trabajar para costear su estancia en un hospital y atenderlo como era mi... nuestra obligación. No me quedaba tiempo para preocuparme de las andanzas de mi marido... Fue dos años después, cuando empezó a presentarse borracho una, y otra noche, cuando me decidí a investigar sus pasos Siempre lo mismo. Salía con sus amigos, de bar en bar, hasta que su cuerpo no admitía más alcohol y decidía regresar a casa en estado deplorable. Llegó al extremo de insultarme, maltratarme y, pegarme incluso, se trataba de hacerle ver lo indigno de su conducta.

—¿Cómo no acudió a la policía?

—No quería que le hicieran daño, míster Drove. Porque a pesar de todo, aunque debiera odiarlo... lo sigo queriendo. Si mi tortura era poco al saberlo borracho Anthony pareció que se complacía en aumentarla añadiendo a eso su trato con mujeres de la peor condición. Empezó a frecuentar esa clase de tugurios donde ellas ponen precio a unas horas de amor, donde destrozan a un hombre con sus perversos ofrecimientos y sus lascivas promesas. Llegó un momento en que Anthony, tras golpearme y gritar que estaba harto de mí, se pasaba días enteros sin aparecer por casa y sin entregarme un dólar.

Alan Drove se hizo adelante. Apoyó ambos codos encima de la mesa asomando la cabeza entre los brazos para preguntar:

—¿No decidió poner fin a tan insoportable situación?

Laura Burney, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas que pugnaban por saltar de sus ojos, exclamó ahogadamente:

—¡Sí... sí lo decidí! Hace poco tiempo. Convencida de que nada ni nadie harían cambiar el torcido sendero que seguía mi marido. Dispuesta a conseguir pruebas para solicitar el divorcio, contraté los servicios de un detective privado. Anthony fue sometido a vigilancia, durante varias semanas. El detective, he de reconocerlo, hizo un buen trabajo. Reunió los datos suficientes... fechas, lugares, nombres y hasta fotografías. Con esa serie de pruebas fehacientes en mis manos, aun dudé. Y cuando vencidas esas dudas me decidía a seguir adelante... Anthony desapareció.

Se hizo ahora un largo silencio.

Drove, inclinada la cabeza, pareció meditar por espacio de varios minutos. La alzó lentamente para clavar el castaño de sus profundos ojos en la atribulada figura Laura Burney.

—No voy a negarle —dijo en tono pausado un caso corriente que suele plantearse, por desgracia, con mucha frecuencia. Sin embargo, mistress Burney, hay algo en su actitud que no acabo de comprender.

—¿A qué se refiere?

—Usted estaba dispuesta a divorciarse de su marido, había contratado un detective para que reuniese las pruebas necesarias conque acudir a un tribunal, ¿no es eso? —ante la afirmativa inclinación de cabeza, siguió el detective—: De acuerdo con todo eso; ¿por qué tiene tanto interés ahora en localizar el paradero de su marido? Con las pruebas que posee de su irregular conducta y la definitiva de abandono de hogar conyugal, puede conseguir el divorcio con toda facilidad.

Laura permaneció inmóvil y silenciosa durante unos instantes. Habló al fin con patente amargura:

—Mister Drove, si yo tuviese la completa seguridad de que mi esposo me ha abandonado para disfrutar el malsano amor de otra mujer..., no vacilaría en hacer lo que usted dice.

Alan pareció interesarse de repente. Como si aquel vulgar asunto que tenía su base en la ruptura amorosa de marido y mujer, tomase ahora un cariz misterioso, enigmático.

—¿Y que le hace suponer que no es ese el motivo de la desaparición de su esposo?

Laura no respondió de inmediato a la pregunta del detective. Abrió el bolso, extrajo de él una fotografía, la puso sobre la mesa y dijo:

—Esto.

Drove tomó en sus manos la brillante cartulina. Podía verse en ella a dos hombres de diferente estatura que parecían conversar animadamente en la barra de una taberna.

Uno de ellos tenía un aspecto extraño. Extraño pero familiar. El común a todos los hombres que habitan en el mundo de la delincuencia.

Toda la pinta de un hampón profesional.

Alan estudió largamente la fotografía. Sin que su rostro definiese expresión alguna, pero mostrándose más interesado de lo que aparentaba.

—Bien, *mistress* Burney —habló dejando el retrato encima de la mesa—. Imagino que su esposo es el más alto y el más joven. Lo veo acomodado en un bar, charlando animadamente con uno de sus amigos. ¿Es eso suficiente para que trate usted de dar un aire de misterio a su desaparición? ¿O es acaso que trata de aferrarse a una posibilidad que usted misma se niega a aceptar?

—No. No es nada de eso —respondió la mujer con una seguridad casi aplastante—. El individuo que aparece en la fotografía junto a Anthony, no es uno de sus amigos. Puedo asegurarle que los conozco a todos, y ese rostro jamás lo había visto antes de contemplar la fotografía. Por otra parte, *míster Drove*, aunque usted pueda burlarse de lo que se llama intuición femenina, tengo la completa seguridad de que si mi marido se hubiese marchado con otra no hubiera tardado mucho en regresar. Dos, tres semanas a lo sumo. No sería la primera vez...por desgracia.

—Entonces —adujo Alan—, ¿a qué achaca usted esa definitiva desaparición de su marido?

—Van a cumplirse dos meses de ella, *míster Drove*. Durante este tiempo he pensado infinidad de cosas, y he terminado por rechazar esos pensamientos que consideraba absurdos. Pero ese retrato... algo me dice que el hombre que aparece en él junto a Anthony está relacionado con su desaparición.

De nuevo un paréntesis de silencio se abrió en la estancia.

—Una foto abre una investigación —murmuró quedamente el detective.

—¿Cómo ha dicho? —pareció sobresaltarse Laura.

—¡Oh, nada! —sonrió *Drove*—. Pensaba en voz alta.

Y preguntó seguidamente—: ¿Podría usted proporcionarme un retrato en el que esté su marido solo?

—Sí... creo que tengo uno en el bolso.

De inmediato tendió otra cartulina al detective.

En ella aparecía un sonriente busto de Anthony Burney. Debía contar aproximadamente unos veintisiete años. Tenía el cabello castaño claro y los ojos grises. Curtida la piel del rostro y correctas las facciones.

Alan *Drove* la dejó sobre la otra. Miró detenidamente a Laura, para preguntarle de improviso:

—¿Por qué no le ha encargado el asunto al detective que reunió las pruebas de infidelidad de su esposo?

—Glenn Turner, usted debe conocerlo...

—Sí, ha trabajado conmigo un par de veces. Glenn es un muchacho estupendo.

—Lo es. Y muy activo también. Pero se limita solamente a eso. Divorcios y otras cosas por el estilo. Cuando le confié mis dudas, él mismo me aconsejó que viniera a verle...

—¿Cómo no me ha dicho eso antes? Si Glenn la envía...

—¿Investigará de veras, míster Drove?

—Le he respondido afirmativamente al principio, mistress Burney. Y no suelo volverme atrás de lo que afirmo.

—Es que no podré...

—¡No siga! —cortó él con su cordial sonrisa—. Si encuentro a su marido, le garantizo que estará trabajando tres meses para satisfacer mis honorarios. ¿De acuerdo, *mistress* Burney?

—Es usted muy bueno...

Alan Drove se puso en pie. Caminó hasta la puerta, la abrió y dijo:

—Ha sido un placer conocerla, *mistress* Burney. La tendré al corriente del resultado de mis pesquisas..., ¡ah! si recuerda algún detalle que me pueda servir de ayuda no tarde en comunicármelo. De no encontrarme, mi secretaria, la atenderá:

Ofreció su mano a la mujer inclinándose cortésmente.

—Buenas tardes, míster Drove.

—Que pronto puedan serlo para usted.

Laura Burney se perdió al otro lado de la puerta.

Y al momento volvió abrirse para dejar paso a otra mujer.

—¡Te estás volviendo todo un altruista! —exclamó la recién llegada.

Alan Drove recorrió la agradable figura de ella con parsimoniosa delectación.

Exhaló un suspiro por demás significativo, tras el que dejó caer:

—No pierdes las buenas costumbres, ¿eh, Maise? ¿Cuánto llevabas con el oído pegado a la cerradura?

Maise Prescott se hundió con indolencia en una de las mullidas butacas que ocupaban los ángulos de la pieza.

Era un modelo especial de mujer. Una fuera de serie con ojos color almendra, labios de rubí, cabellos color niebla y una geometría corporal de auténtica antología.

Su busto, no de senos escandalosos pero sí prietos y bien formados, asomaba tímidamente por el cuadrado escote de la blusa azulada. A la cintura se ceñía una especie de minifalda plisada que se quedaba al principio de unas rodillas como pocas podían tenerlas, para descubrir en adelante la línea armoniosa y suavemente curvada de unas piernas esbeltas y bronceadas.

Maise, redactora sensacionalista del «San Francisco Evening», llevaba un par de años tratando de conseguir una declaración, concreta y decidida, de Alan Drove.

Un: «Estoy enamorado de ti. Vamos a casarnos».

Pero el escurridizo detective parecía no querer enterarse de que Maise no iba a su oficina solo por recoger informaciones.

Cuando se hubieron cansado de mirarse mutuamente, habló la muchacha con leves destellos de ironía:

—Iba a entrar, pero tu eficiente «secre» me ha dicho que estabas muy ocupado con una dama. Y como tu discreta «secre» escuchaba más que atenta a través del interfono, me he unido a ella gustosamente.

Al puntito celoso que parecía vibrar en las palabras de Maise con respecto a la «secre» del detective, Drove, pulsando una de las palancas del interfono, añadió esto:

—¡Diana!

—¿Sí, Alan? —inquirió una voz al otro lado.

—Me parece un deber de buena secretaria el que escuches las conversaciones de tu jefe..., ¡pero no debes permitir que las escuchen también las personas ajenas a la empresa! ¿Me has comprendido?

—¡Oh, jefe! Perdón. ¿Te refieres a esa periodista metomentodo...?

—¡En cuanto salga, bruja con máquina de escribir...! —tronó Maise con el rostro enrojecido (tonalidad que la favorecía)—, te arrastraré por esos pelos sucios...

De un manotazo, entre carcajadas estentóreas, cerró Alan Drove el intercomunicador.

Maise Prescott clavó sus chispeantes ojos de fierecilla indómita en la faz burlona del detective.

—¡Eres..., eres odioso! —jadeó—. ¡Repulsivo...!

Drove había salido disparado de su mesa, atrapando por los hombros la femenina silueta, ceñido luego su cintura para alzarla, interrumpiendo la retahíla de insultos...

Y la estaba besando con fruición.

En mitad de los labios.

Maise le había clavado las uñas en los hombros. Eso en un principio. Luego, enroscó sus brazos a la nuca del hombre y correspondió con creces al apasionado beso.

—Si viera eso mi «secre» —habló Alan al separarse pero manteniéndola sujeta por los hombros—, ¿no crees que se moriría de envidia?

—¡Estúpido vanidoso!

—Pero me quieres... ¿o no?

Lo fulminó con la mirada.

—Yo tengo la culpa de que...

La atrajo con virilidad y selló de nuevo su boca.

Todas las protestas de Maise Prescott se desvanecieron al instante. Y cuando consiguió recobrar la respiración, inquirió curiosamente:

—¿Vas a trabajar en el asunto del marido libertino?

Alan tomó asiento de nuevo.

—Tú lo has dicho.

—¡Oh, Alan! Eso no es para ti.

La miró él con escepticismo.

—¿Por qué? Yo empecé a ganar dinero con estas cosas... y el que entonces no lo tuviera y ahora lo tenga no hace de mí un hombre diferente, ¿o sí lo hace?

Maiseladeó su cabecita coquetamente.

—No estoy de acuerdo, pesquisa. Hay hombres, que de la nada, se elevan hasta la jefatura de una nación..., ¿siguen comportándose igual?

—Filosofía barata, no. ¿Eh, pequeña? Para andar hace falta, primeramente, apoyar la planta de los pies en el suelo. Volar es otra cosa, y eso queda para los pájaros. Me entiendes?

—No mucho. Pero ya estoy acostumbrada a que siempre tengas razón.

—Además —dijo Drove como si no la oyera—, el caso promete ser interesante.

Maise estalló en sonoras carcajadas.

—¡Lo que faltaba! —exclamó—. ¿Llamas interesante a que un tipo deje su mujer y un hijo para largarse con la primera fulana barata que le sale al encuentro?

El detective agitó una mano en el aire.

—Que te cueles, «plumífera». Si a ese tipo, como le llamas, un pesquisa de apellido Turner le echa una placa en la barra de un bar, en la grata compañía de un elemento llamado David Monstross, ex miembro del «racket» de Guido Alleri, procesado en tres ocasiones por tráfico de estupefacientes y trata de blancas, intervenido por un experto en cirugía plástica llamado Walter Morrison —lo que costó a éste su expulsión del colegio de médicos y su inhabilitación a perpetuidad— para cambiarse el rostro..., cuando todas estas circunstancias se dan en la desaparición de un borracho mujeriego, ¿no te parece lógico pensar que quizá no hay fulana barata de por medio?

—¡Eh, lumbrera! —replicó Maise—. Despacio que no te sigo. Eso no se lo has dicho a la mujer, ¿eh?

Sonrió Drove, melifluo.

—¿De veras? ¡Qué contrariedad! —y en un tono más severo, preguntó—: ¿Crees necesario que se lo dijera? Ella sospecha algo extraño en la desaparición de su marido, pero en el fondo, desea que la causa lleve nombre de fulana barata..., como tan académicamente dices.

—¿Por qué ha de desear una mujer que la fuga de su marido se deba precisamente a... otra mujer? No es la reacción normal que...

—Lo es, redactora. Laura Burney está segura de que, como en otras ocasiones, si su marido se ha largado con una cualquiera terminará por volver. Dos meses le parece mucho tiempo, teme que le haya sucedido

algo... y como a pesar de los pesares quiere a su marido, prefiere que sea una mujer la culpable de su ausencia. Al menos de esa forma, le queda el consuelo de que está vivo.

—Y tú, enciclopedia del crimen, ¿qué crees en verdad?

Alan. Drove se encogió de hombros.

—Pienso... —musitó sin poner mucho interés en sus palabras, que por lo que sé de Anthony Burney, es el hombre ideal para que un tipo de la calaña de Montross le proponga algún negocio en el que obtener «pasta» larga para luego patear en *whisky* y fulanas caras.

—Entonces, ¿qué haces ahí sentado?

Drove, sin responder a la pregunta de Maise, abrió de nuevo el interfono.

—Diana —habló al brillar la lucecita verde—, consígueme un boleto para el primer vuelo a Los Ángeles.

—. ¿Los Ángeles? —hubo en la pregunta de Maise Prescott interrogación, asombro y sorpresa.

—¿He dicho Los Ángeles? —se burló Drove.

Maise saltó de la butaca, plantándose frente al detective.

—. ¡Ah, no! —exclamó—. Yo voy contigo. Que sean dos boletos.

—Que te pague el tuyo la dirección del «San Francisco Evening». ¿Con qué argumentos vas a justificar el viaje?

—¡No te interesa! —se revolvió como una tigresa. Con una mano en el tirador de la puerta, amenazó—. Nos veremos en Los Ángeles, Alan Drove. ¡Vaya si nos veremos! Ahora..., abre ese cacharro y oirás cómo arrastro a la bruja que tienes allí fuera.

Drove sonrió de buena gana.

Maise Prescott. Toda una mujer de carácter. Estaba escrito que acabaría casándose con ella. En verdad, aunque no lo hubiera confesado, estaba enamorado de aquella fierecilla de ojos almendra.

Oyó voces en el antedespacho.

Pero él trataba de pensar. En la desaparición de un hombre llamado Anthony Burney.

En un fulano peligroso de apellido Montross.

George Washington Avenue, 1.275.

El edificio que se elevaba ante sus ojos era la sede de la División del Federal Bureau of Investigation de Los Ángeles, en el Estado de California.

Por allí dentro rondaba un muchachote irlandés de rostro sanguíneo y cabellos rubios, llamado Pat O'Creigh.

Corrió de un pasillo a otro hasta que, inesperadamente, se tropezó con él al doblar un recodo.

—¡Eh, malandrín! —tronó jovialmente el rubio girante—. ¿Qué haces aquí?

—Ando buscando a un mastodonte con «chapa» de federal al que conocí en un club llamado Quántico... ¿eres tú? ¡Majadero de los demonios, no has cambiado!

Pat O'Creig alzó el pulgar de su mano derecha.

Alan Drove hizo exactamente lo mismo.

Y como si fuera aquello una señal convenida, enlazaron sus brazos codo con codo empezando a girar al compás de:

*...es un muchacho excelente
es un muchacho excelente
es un muchacho excelenteee...
y siempre lo será...
¡y siempre lo seraaaa...!*

Los que circulaban por el pasillo volvieron sus cabezas para contemplar asombrados el insólito espectáculo.

Vieron también el abrazo amistoso en que se fundían, aquel par de torres humanas tras la infantil efusión.

—Alan —dijo Pat, propinándole un codazo que a otro le hubiera cortado la respiración—, aunque me le jures de rodillas, no creo en esa explicación que te traes preparada: «Que llevamos mucho tiempo sin vernos..., que tenías grandes deseos de charlar conmigo..., de recordar los buenos tiempos de Virginia, de las muñecas que se tomaban un combinado...». ¡Que no me lo creo! ¿Estoy en lo cierto, malandrín?

Drove le obsequió con un guiño picaresco.

—Siempre tan suspicaz, siempre tan desconfiado, siempre tan escéptico, siempre...

—¡Siempre tan narices!

—¡Eh! Antes no eras tan descortés.

—Las mujeres de aquí tienen la culpa. ¿Vamos a mi despacho, Alan?

—Te sigo, mastodonte.

No era muy grande, pero sí confortable. Se acomodaron en él, prendieron un par de pitillos, y tras exhalar densas bocanadas de azulado humo, inquirió O'Creigh.

—¿Y bien, detective?

Drove no pronunció palabra. Limitóse a buscar en el bolsillo interior de su chaqueta la fotografía en que estaban juntos Anthony Burney y David Montross.

La tendió al agente federal.

Aquella innata jovialidad que reflejaba de continuo el rostro sanguíneo de Pat O'Creigh, se ensombreció al primer instante.

Con solo echar sus ojos sobre la brillante cartulina.

—¿Conoces al tipo de la izquierda? —inquirió Alan con intencionada lentitud.

El del F. B. I. alzó la cabeza.

—David Montross —repuso con una mueca de asco— Hace cuatro años lo metí en presidio. Tuvo mucha suerte a pesar de todo..., como el cirujano.

—Walter Morrison.

—Exacto.

—Salieron ambos hace dos años, ¿estoy en lo cierto?

O'Creigh cabeceó contundente.

—¿Por qué te interesas en Montross?

—Porque busco al hombre que está con él en la foto. Un tal Anthony Burney.

Pat tomó de nuevo el retrato. De improviso, brillándole los ojos, exclamó:

—¡Espera un momento!

Y del cajón de su mesa sacó otra cartulina de mayor tamaño. Tras compararla con la primera, se la tendió a Drove.

Este observó el rostro que le sonreía abiertamente desde ella.

—¡Asombroso! —exclamó a su vez—. El parecido es enorme... ¿quién es este hombre?

—Arthur Graham.

—Oye, Pat... —empezó el detective pausadamente—, me da en las narices que estás trabajando en un asunto que tiene que ver con ese tal Graham, y al contemplar, la foto de Burney tu cabeza ha establecido, o trata de establecer, por el parecido de ambos, una relación entre ellos. ¿Voy bien?

—Sobre ruedas —admitió el federal.

—¿De qué se trata?

—¿Has oído algún caso de un hombre que haya muerto dos veces? —fue la sorprendente pregunta-respuesta de Pat O'Creigh.

Drove aplastó el cigarrillo apenas encendido mientras decía:

—Crucigramas conmigo, no Pat. De lleno en el asunto ¿qué sucede?

—Intolerante de por vida, detective —trató de bromear el irlandés, si bien veíase claramente que su ánimo no estaba ahora para chanzas—. Trataré de ser concreto conciso y expresivo: Arthur Graham, joven marido de una millonaria entrada en años, muere hace pocas fechas a consecuencia de un corte de digestión y Lucille Barston, su esposa, fallece la noche del velatorio merced a una dolencia cardíaca excitada, sin duda,

por el dure golpe sufrido. Cuatro días después en el apartamento de un tipo llamado Red. Benet, vividor, *gigoló*, explotador de sentimientos femeninos y todo eso que merece un calificativo más feo, encuentra la policía el cadáver de éste acompañado del de una muchacha llamada Helen Barston... y del de Arthur Graham.

—¿Conclusiones? —Indagó Drove lacónico, sin mostrarse impresionado.

—La pistola encontrada en manos del segundo Graham había disparado las balas que habían causado la muerte de Red y Helen...

—¡Eh! —interrumpió el detective con la expresión de haber reparado en un detalle—, ¿has dicho Helen Barston?

—Sobrina de Lucille, la esposa de Graham, ¿no, si la cosa tiene su «miga»!

—¿Y al Arthur Graham «bis» quién lo eliminó?

—Sólo sabemos que los proyectiles proceden de una automática calibre 7'62.

Alan Drove, tras meditar unos instantes, preguntó de nuevo:

—Exhumado el cadáver del Graham muerto por corte de digestión, ¿qué se encontró?

—Un ataúd vacío.

—Muy complicado, desde luego... pero, ¿oye una cosa? Graham y el hombre que yo busco tienen un extraordinario parecido físico, de acuerdo. Sin embargo, ¿dónde está la relación que tratas de establecer?

Pat O'Creigh inició media sonrisa.

—Si me dejaras hablar sin interrumpir...

—Te escucho.

—La misma noche en que fueron hallados los tres cadáveres en el apartamento de Red Benet —siguió el F. B. I.—, se declaró un incendio en los bosques que circundan el desvío a Santa Bárbara en la general de los Ángeles-Bakersfield. Concretamente, el incendio se produjo en una vetusta y deshabitada mansión que perteneció el siglo pasado a un inglés medio loco llamado Lawrence Stockbridge. Policía y bomberos se las vieron y desearon para dominar las llamas, cosa que no se consiguió hasta la madrugada. Pudo establecerse fuera de toda duda que el siniestro había sido provocado deliberadamente tras rociar la mansión con eficaz combustible y pegarle fuego con una cerilla. ¡Así de sencillo. Pero el veleidoso destino quiso que se encontrara entre los restos del siniestrado edificio, el cadáver de un hombre. Quemado como es lógico, pero no lo suficiente para que no pudiera identificársele. ¿Sabes de quién ora el cuerpo?

—No me atrevo a interrumpir con mis preguntas. ¿Quién era la chamuscada calavera?

—Un médico llamado... Walter Morrison. Experto en cirugía plástica

que ingresó en presidio por desfigurar el rostro de un traficante de estupefacientes llamado David Montross —y viendo que Alan sí se atrevía a interrumpir de nuevo, le contuvo con un ademán, agregando—: ¡Espera! todavía no he terminado. También se halló entre los escombros una placa metálica que había escapado por completo a la devastadora acción del fuego.

O'Creigh, de uno de los cajones laterales de su mesa sacó una caja de cartón. De ella, tras desenrollar la amarilla gamuza, una pieza rectangular de metal que tendió a Drove.

Leyó este la inscripción:

«CORSPE OF THE FACTORY»

—¡Fábrica de cadáveres! —no pudo por menos que exclamar.

—Eso dice ahí —convino el agente federal—. Y si le añades esta singular nota encontrada en un bolsillo del pantalón de Arthur Graham, segundo, acabarás de sorprenderte.

Le ofreció la nota mencionada, que Alan Drove leyó con interés:

«¿Le fabrico su cadáver, míster Graham? Acuda al que fue palacio de sir Lawrence Stockbridge a las once...»

Devolvió Drove nota y placa con el ceño fruncido y hosca la expresión. Y al igual que su amigo, se mantuvo en silencio por espacio de varios minutos.

—¿Cómo está el F. B. I. en el asunto?

—¡Ah! —exclamó el agente como si cayera de las nubes—. Me había olvidado un detalle importante. Walter Morrison fue asesinado antes de que se declarara el incendio. Al menos se le extrajeron tres proyectiles del calibre 7'62 disparados por la misma pistola que los que causaron la muerte de Arthur Graham, segunde. Eso, sin duda, establece un nexo entre ambos sucesos. Y como el incendio y asesinato de Morrison se produjeron fuera de la jurisdicción de la policía local, el F.B.I., yo en particular, se ha hecho cargo del asunto. ¿Enterado?

—Yo busco a un hombre llamado Anthony Burney —recitó el detective con voz monótona—. Tú me cuentas una alucinante historia de crímenes, de factorías que se dedican a elaborar cadáveres, de antiguas mansiones que son pasto de las llamas... ¿por dónde nos relacioname: tú y yo?

Con igual monotonía, respondió Pat O'Creigh:

—Burney se parece a Graham, o éste se parecía a aquél. Burney fue fotografiado en compañía de un tipo llamado Montross. David Montross tuvo que ver con un cirujano de apellido Morrison. Uno de los dos, Arthur

Graham, murió asesinado por los proyectiles de la misma automática que acabó con Walter Morrison..., en tanto embrollo, entre tanta basura, ¿no ves una posible relación que pueda unir nuestras empresas?

Alan Drove se encogió de hombros.

—Muy remota. Es la tuya una hipótesis poco sólida. ¡Eh! mastodonte, ¿no has interrogado a Montross?

—¿Bajo qué cargos puedo formularle un interrogatorio? —preguntó el del F.B.I. como si lo hiciera a sí mismo—. En apariencia, Montross se hallaba desligado ahora de Morrison... y por otra parte, no existe indicio alguno de que interviniera en lo sucedido en el apartamento de Red Benet, ni tampoco en lo del incendio.

—Pero tú tienes el presentimiento de que David Montross está ligado a todos esos extraños sucesos, ¿no es así?

—Es así.

—¿Has averiguado algo que te permita encauzar la investigación?

—Nada —respondió el federal con una sombra de desaliento en su mirada—. Absolutamente nada. Un auténtico callejón sin salida. Tan solo a una persona he interrogado. Agnes Barston, hermana gemela de Lucille Barston, cuñada de Arthur Graham, tía de Helen Barston y heredera universal de su difunta hermana. Me ha contado su vida...

Acto seguido, en un inciso, O'Creigh relató la fabulosa historia de la famosa ex actriz, Agnes Barston, a la que durante tantos años se había dado por muerta.

—... Me ha enseñado su rostro desfigurado y se ha mostrado consternada, muy sinceramente, ante la triple y trágica desgracia familiar. Sobre todo, con respecto, a la duplicidad de cadáveres de Graham, y por la desaparición del que se suponía auténtico. ¿Y dónde voy con ese bagaje? Te lo he dicho: Un callejón sin salida. ¡Es que no tengo un maldito clavo ardiente al que asirme!

—Comprendo tu estado de ánimo, Pat —trató de tranquilizarle el detective con una sonrisa de ánimo—. En verdad, no he de engañarte, es la trama más complicada que he escuchado en mi vida. Un auténtico rompe cabezas. ¿Trabajas tú solo en el caso?

—Como la una de la madrugada.

—Lamento no disponer de tiempo para echarte una mano. Aunque tengo mis dudas...

—Y yo también de que este caso se pueda resolver ¡Ah, pesquisa! después de machacarte los oídos con mis cuitas aún no se me ha ocurrido preguntarte lo que querías de mí.

—Que me informes del paradero de David Montross.

Alzó Pat los ojos al techo mordiéndose el labio inferior.

—Aguarda... me parece recordar, ¡ya sé! David no suele tener residencia fija, no obstante, si tiene una amiga íntima cuya nocturna

compañía frecuente desde hace años. Si no me equivoco, la chica es cantante. Se llama Rosalind Grable y trabaja en un club nocturno llamado «Niágara». No te será difícil dar con Montross.

—Así lo espero.

Un incómodo silencio se hizo entre aquellos dos hombres jóvenes, de natural alegres, que se mostraban ahora preocupados por sus pensamientos.

Absortos en las ideas que pululaban por sus cerebros. Distintas y comunes. Y prontas a unirse y definirse en un mismo cauce, aunque ellos lo ignoraran en aquel momento.

—¿Sabes una cosa, Alan? —preguntó inesperadamente Pat O'Creigh.

—No... tú dirás.

—Cuando renunciaste, allá en Quántico, sentí unos deseos enormes de estrangularte. Al menos me quedé con las ganas de gritarte que eras un estúpido, cobarde, vago... y qué sé yo. Ahora, Alan Drove, tengo la seguridad de que acertaste.

—No creo que estas palabras le sienten bien a un agente del F. B. I. —repuso el detective con cierta severidad—. Yo mismo, Pat, aún conservo las buenas enseñanzas que allí recibí y que, a lo largo de mi azarosa existencia, me han servido en ocasiones de valiosísima ayuda. Una dificultad ni cien, no son motivo suficiente para que te lamente de tu suerte..., ¿no se te ocurre pensar en los miles de hombres que darían lo que fuera por llevar en su bolsillo la credencial del F. B. I.?

—Puede que estés en lo cierto...

—¡Bravura, Pat, bravura! Recuerda una de las siglas y te bastará para sentir tus ánimos renovados y tu espíritu dispuesto a la lucha con mayor ímpetu que nunca.

Pat O'Creigh miró a su ex compañero y amigo de una forma singular. Con una mirada que expresaba la nobleza de sus sentimientos.

Sonrió seguidamente al exclamar:

—¡Buen orador, míster Drove, vaya que sí! ¿También aprendiste eso en Quántico?

—¡Calla ya, mastodonte majadero! —bromeó a su vez el detective poniéndose en pie—. No me despido porque vendré a verte antes de regresar a San Francisco.

Se alzó el irlandés al otro lado de la mesa.

—¿Palabra de malandrín?

Desde la puerta sonrió Drove al replicar:

—¡Palabra de malandrín!

Salió acto seguido.

Una mano atrapó su brazo tirándole hacia atrás.

—¡Eh, lumbrera! ¿No conoces a las viejas amistades?

Drove giró la cabeza. Arqueó las cejas con fingida sorpresa.

—¡Vaya! —exclamó a su vez—. ¡Qué casualidad! ¡Mi buena amiga Maise Prescott en Los Ángeles! ¿Debo decir que es una feliz coincidencia?

Los ojos almendra miraron al hombre con expresión de súplica.

—Alan —musitó la mujer—, ¿no te alegras de que haya cumplido mi promesa?

El detective se puso muy serio.

—Miss Maise Prescott, no voy a negarle que es usted una mujer, deliciosamente encantadora; sin embargo, tiene usted el grave defecto de ser periodista, de pertenecer al «San Francisco Evening», de entrometerse demasiado en la vida de un detective llamado Alan Drove... y está usted haciendo meritísimas oposiciones a que él la siente sobre sus rodillas y le propine unos azotes un palmo por debajo de la cintura. ¡Lárguese de mi vista!

La muchacha no fingió al inclinar la cabeza con tristeza. Tampoco al ocultar un par de gruesos lagrimones que ya resbalaban por sus mejillas.

Y menos, al girar lentamente sobre los agudos tacones y caminar silenciosa lejos de él.

Habría dado media docena de pasos cuando se sintió alzada en vilo, se vio girar en el aire vertiginosamente y encontró los labios de Alan Drove aplastados sobre los suyos.

En medio de la George Washington Avenue.

Bajo el raudal de luz que arrojaban los estirados fluorescentes, ante las risitas irónicas que iban floreciendo en labios de los transeúntes y la atenta mirada de un *cop* bigotudo.

Como cuando Maise recobró el aliento ya se había esfumado su impulso de fierecilla indómita, recostó su cabeza de largos y sedosos cabellos contra el masculino torso, preguntando quedamente:

—¿Por qué lo has hecho?

La respuesta de Alan fue tan rápida y decidida como imprevista.

—Porque, pese a todo... ¡estoy enamorado de ti!

Los almendrados ojos giraron en el interior de las órbitas con incrédula expresión.

—¡No... Alan! Está bien que bromees... pero no te burles de mí. No te rías de mis sentimientos. Tú sabes...

—Que estoy enamorado de ti. Imagino que tú me quieres. Supongo que en futuro no muy lejano deberemos casarnos.

Maise no pudo contenerse. Estalló su desbordante alegría sin importarle la presencia de numerosos testigos.

Hasta el bigotudo *cop* sonrió ahora.

—¡Oh, Alan! Siempre soñé con esto... aunque no de una forma tan original. ¿Me has pedido que me case contigo?

—Te lo ordeno, reportera.

El tercer beso fue de competición en pleno campeonato.

—La gente nos mira... pesquisa.

—¡No me digas!

Bruscamente, la expresión alegre de Alan Drove se ensombreció. Porque acudía a su mente la historia que pocos minutos antes le relatara aquel irlandés de cabellos rubios y rostro sanguíneo.

Porque acababa de asaltarle un brusco presentimiento. Una idea absurda que ni él mismo comprendía de dónde había nacido.

Maise, ante el repentino cambio, inquirió:

—¡Alan! ¿qué te ocurre?

—¿Eh? Nada, nada, pequeña. Estaba pensando en dos hombres de extraño parecido; en uno que murió dos veces y en una fábrica de cadáveres...

—¡Pero Alan...! ¿qué significa?

La tomó él por un brazo.

—Camino del hotel te lo cuento —gruñó Drove—. Ah! pero óyeme bien: de momento no hay reportaje sensacionalista. ¿Entendido?

—¿Por qué?

—Porque el asunto no es mío. Aunque cabe la posibilidad...

—¿Qué posibilidad?

—De que haya lugar a un buen reportaje, Maise. Pero te repito que de momento... NADA, con mayúsculas. ¿Le has captado?

—O. K.

Alzó el detective una mano y detuvo el taxi que acababa de desocuparse delante de ellos.

Abrió la portezuela, ayudando a Maise a entrar. Se acomodó él seguidamente, indicándole al chofer:

—Vamos al «Mojave Hotel».

—¡Volando, señor!

Se puso en movimiento el vehículo. Alan movió los labios a su vez y Maise estiró al máximo sus lindas orejitas.

¿Le fabrico su cadáver?

No.

El trompeta de la orquesta no era un Eddie Calverni un Georges Jouvin, pero había que reconocer que estaba haciendo una interpretación más que regular de «Goldfinger».

Melodía que, al final, con un armonioso floreo de su invención, enlazó con «Le silence».

Recibió sonoros y merecidos aplausos el pundonoroso trompeta.

Acto seguido, la orquesta atacó los primeros compases de un ritmo

endiabladamente frenético y la juventud «ye-yé» se lanzó a patear por encima del encerado.

«Niágara Club».

Ambiente moderno para chicos y chicas modernos que hablaban allí de sus modernas inquietudes.

Porque la juventud, por el hecho de serlo, se siente obligada a tener inquietudes.

Que plasma en música incomprensible y danzas absurdas.

—¿Sus preferencias, señores?

Eso lo acababa de preguntar un tipo muy original, con chaqueta blanca y pajarita negra, que hasta durmiendo debía lucir en sus labios aquella sonrisa estereotipada.

Alan Drove interrogó a la muchacha con los ojos.

—Un «Martini» seco.

—Para mí, un «Manhattan» —dijo el detective.

Y antes de que el camarero iniciase la retirada, le preguntó:

—¿Actúa esta noche Rosalind Grable?

—Esta y todas, señor. Rosalind es el número fuerte del *show*.

—Gracias por la información.

Se retiró el de la pajarita. Inquirió Maise al momento:

—¿Crees que Montross venga a verla actuar cada noche?

—O'Creigh dice que son muy buenos amigos —repuso Drove con burlona mueca—. Tanto, que suelen compartir a diario sus nocturnas soledades.

—¿Y si David Montross no sabe de Burney...?

Drove encendió un cigarrillo parsimoniosamente. Murmuró entre espirales de humo:

—¿Por qué te empeñas siempre en ser pájaro de mal agüero?

La reportera del «San Francisco Evening» sonrió.

—Intuición femenina.

—¡Y un cuerno, también!

—Tendré que pensar si me conviene o no un marido tan grosero.

—No me lo creo, «plumífera». De veras que no.

Llegó el camarero con los combinados.

La orquesta seguía dándole lo suyo a la juventud *ye-yé*.

—¿Ves aquella puerta que hay al lado de la barra? —inquirió Drove tras ingerir de un trago el «Manhattan».

«No admitance».

Así rezaba un luminoso sobre la jamba de la puerta a la que se refería el detective.

—La veo, ¿y...?

—Y te vas a quedar aquí muy quietecita mientras tu «futuro» se da una vuelta por ahí adentro.

—¡Eh, pesquisa...!

Drove ya se había levantado y caminaba en largas zancadas hacia la puerta.

Al otro lado de ella, como ya era habitual, el consabido «bulldog» cuidando de que se cumpliera la prohibición de entrar.

Un tipo escuálido que parecía recién salido de un sanatorio, pero que traía puesta en la sobaquera una automática de respetable calibre.

—Sí, sí, ya sé —dijo el detective cuando el otro se alzó en la silla para cortar el paso—. No se puede entrar, ¿verdad? Pero como yo pienso entrar se pueda o no, será mejor que sigas sentado en esa silla, so pena de que prefieras que te astille la nariz.

El fulano hizo ademán de «sacar».

Y el puño derecho de Alan se estampó en mitad de su lívido rostro, empotrándolo materialmente en la pared.

Cayó al suelo fulminado.

—Te lo he advertido, pequeño.

Al fondo del pasillo se iniciaba una corta escalera que conducía a otro corredor, al que asomaban las puertas de varios camerinos.

El nombre de Rosalind Grable estaba fijado sobre una de aquellas.

Golpeó la hoja suavemente.

—¡Pase quien sea! —invitó desabridamente una voz de mujer.

De vestirse, aún no había tenido tiempo. Atrapó, muy pudorosa, la bata que colgaba encima del biombo.

—¿Quién eres tú?

Rosalind Grable frisaba los cuarenta, pero se conservaba con una piel tersa y unos encantos nada despreciables.

Pero Drove dejó de fijarse pronto en ella. Tampoco respondió a la pregunta. Era el tipo que se hallaba sentado en la banqueta del tocador quien reclamaba por entero su atención.

—Te ves mejor que en fotografía, ¿eh, Montross? Y muy guapo desde que Morrison te tocó la cara.

David Montross era de mediana estatura. Fornido. De aviesa mirada y labios procaces.

Se puso en pie. Midió al detective de abajo arriba.

—¿Qué buscas, muchacho? —inquirió con los brazos en jarras.

—¡Échalo de aquí, David! —exclamó ella colérica.

Drove sonrió fría y peligrosamente.

—No te me pongas «tonto», Montross. Es un consejo. Si yo te «toco» la cara será para estropeártela...; hazme caso. Obséquieme con una sonrisa y préstate amable al coloquio.

—¡Qué impulsiva eres, Rosalind! —exclamó el hampón, mirando a la cantante—. ¿Echarlo dices? ¿Por qué? Veamos primero qué quiere el muchacho.

Mientras decía esto, iba acercándose a Drove.

El detective, sin borrar la sonrisa de su boca, aguardaba la reacción de David.

Pero no de aquella forma.

Montross se inclinó con una agilidad impropia de su peso y dio medio giro para clavar su codo en el hígado del detective.

Alan solo pudo evitar que el traidor golpe lo alcanzase de lleno. Se inclinó a su vez soltando un soplido.

—¡Bravo, David! —chilló la cantante.

Montross, con fulminante rapidez, aplicó un gancho a la barbilla de Drove, lanzándolo de espaldas contra la puerta.

Alan se quedó inmóvil. Después empezó a tambalearse.

Y David, con una torcida sonrisa en su boca y mostrando unos dientes descoloridos y feroces, lanzóse en tromba sobre Alan.

Que seguía tambaleándose.

Que se puso repentinamente tieso cuando Montross estuvo a su altura. Que esquivó en ágil y perfecto escorzo la demoledora andanada.

Y que clavó la punta de sus dedos en el plexo del otro para aplicarle seguidamente un trallazo de derecha en mitad del pecho.

David giró como una peonza.

Alan, luego de atraparlo por el cuello de la chaqueta se lo trajo de cara para machacársela con un zurda imponente.

Montross planeó de cabeza contra el biombo, arrastrándolo al suelo con él y liándose con el sinnúmero de prendas grandes y muy pequeñas que allí se amontonaban.

Rosalind Grable trató de atrapar un florero con la sana intención de ponérselo a Drove por sombrero.

El detective hizo restallar su derecha, abierta, contra el femenino rostro. Y la cantante, con diabólico revoloteo de su bata, terminó sentada en tierra grotescamente.

Montross trataba de incorporarse a la vez que se frotaba las sienes.

—Sonriente, David —dijo Drove con expresión que nada bueno presagiaba—. Y trata de ser cordial... ¿Lo intentarás?

Como un beodo, Montross buscó la banqueta para desplomarse sobre ella.

—¿Quién... qué quieres de mí?

—¿Qué sabes de un tipo llamado Anthony Burney?

Giraron los ojos del hampón hasta quedar casi blanco.

—¿Burney? Creo que es...

—La primera vez que oyes ese nombre, ¿verdad? —le atajó Drove a la vez que entrelazaba los dedos de sus manos—. ¿Estás seguro, Montross?

Seguía frotándose las sienes.

—¡Vaya que sí!

Alan dio un paso. Otro.

De improviso saltó sobre David Montross, lo sujetó con la izquierda por el cuello de la camisa, le cruzó el rostro repetidas veces con la derecha hasta que un hilillo de sangre brotó por las comisuras de sus labios.

Lo empujó finalmente, con violencia, hacia atrás. Crujió la espalda del hampón al chocar contra el tocador.

Desde luego, ni el doctor Morrison hubiera reconocido aquella cara.

—Montross, créeme, estoy dispuesto a destrozarte si no abres la boca. Cuando acabe contigo, ni cien cirujanos de plástica serán capaces de componerte un rostro medianamente visible. ¿A qué fuiste a San Francisco? ¿De qué hablaste con Burney? ¿Qué negocio le propusiste? ¿Por cuenta de quién?

Alan disparó las preguntas como una metralleta. Y acabó colocando la foto en que Burney y Montross aparecían juntos bajo los ojos de éste.

—Vuelve a decir que no lo has visto nunca, que no has oído su nombre... ¡y te machaco!

Rosalind se arrastraba silenciosamente por el suelo hacia el derribado biombo.

Pero Alan se volvió, adivinó su intención, la alzó del suelo con violencia y, tras retorcerle una muñeca dolorosamente, la empujó hacia la pared.

—Si te mueves de ahí, culebra... vas a «cobrar» de verdad.

Y volviéndose para mirar a Montross, inquirió:

—¿Todavía no te acuerdas?

Y como se lanzaba de nuevo hacia el hampón, éste alzó ambas manos para detenerlo:

—¡No... no me pegue más! ¡Se lo diré todo! Yo..., yo no hice nada malo. ¡Se lo prometo!

—Montross, pequeñín de mamá, que vas a enternecerme. No sigas, que yo suelto las lágrimas a chorro. David, empiezo a cansarme, y todavía no me has dicho nada.

Se limpió la sangre que caía de sus labios antes de replicar:

—Fue Morrison. Walter Morrison...

Alan Drove soltó un respingo.

—¡Walter Morrison, dices! ¿El cirujano?

—Sí..., el que me hizo la operación.

—Sigue.

—Me llamó hace unos meses. A mí y a otros individuos. Me dijo que tenía un trabajo fácil y bien pagado. Se trataba de buscar un individuo que tuviese el mayor parecido posible con otro cuya fotografía me mostraba. Me correspondía buscarlo por el sector comprendido entre Sacramento y San Francisco.

—¿Qué debías decirle al fulano si lo encontrabas?

—Primero, averiguar su profesión. Después, proponerle un negocio acorde con la misma, remunerado en veinticinco grandes al año.

—Correcto. Encontraste a Burney... ¿Y qué?

—Su parecido físico era asombroso. Hasta parecía imposible. Y su condición moral lo hacía más que asequible al asunto. Poco me costó convencerlo y llevárselo a Morrison. Luego no he sabido más de él.

—¿Dónde hiciste la «entrega» de Anthony Burney?

Montross se limpió un nuevo hilito de sangre.

—En un viejo caserón...

—Que se alzaba en los bosques del desvío de Santa Bárbara, que se incendió hace pocos días y en el que se encontró a Morrison quemado.

—Sí..., sí —asintió Montross—. Leí eso en los periódicos.

—¿Cómo se llamaba el tipo de la foto y para que necesitaba Walter Morrison alguien que se le pareciera?

—Creo que... Graham. Me parece que se llamaba Arthur Graham. No sé para qué le buscaban un doble... ¡Le juro que no lo sé!

—¿Para fabricar su cadáver..., por ejemplo?

—¡No lo sé! —chilló el hampón. Y parecía sincero—. ¡Le digo la verdad!

—¿Quién había con Morrison en el viejo caserón?

—Las veces que se entrevistó conmigo, nadie. No vi a nadie con él.

Sí, las piezas encajaban. Pat O'Creigh y Alan Drove empezaban a unirse. Se confirmaba el presentimiento del gigante irlandés.

Extraño proyecto de crímenes que se mostraba como un descomunal laberinto sin salida.

¿Dónde estaba la finalidad de aquel proyecto diabólico?

—Bien, Montross, bien. ¿No empiezas a pensar lo que te espera? Porque me vas a acompañar a la División del F. B. I., donde un viejo amigo tuyo se va a poner muy contento al verte. ¿Te acuerdas de Pat O'Creigh? Tengo entendido que erais grandes amigos... ¿O me equivoco?

—Pero... —balbució temeroso— yo no he hecho nada malo...; yo pagué lo mío...

—Y lo que te queda por pagar, Montross. Tú engañaste a Burney porque sabías que el negocio de los veinticinco grandes era mentira. ¿O no lo sabías?

David Montross se pasó una mano por la frente.

—De acuerdo..., sabía eso. Pero nada malo le hice a Burney. No lo obligué a venir ni lo amenacé tampoco.

—Lo engañaste, que para el caso es lo mismo.

Para evitarse conflictos y nuevas sorpresas, Alan Drove extrajo su «Parabellum» de la funda sobaquera.

Encañonó a Montross y le dijo:

—Andando, David.

—¡Espere...! no me entregue a los federales...

—Si no vienes por las buenas, les llevaré tu cadáver. Estoy seguro que me lo agradecerán igualmente. ¿Te levantas?

Rosalind Grable, hipnotizada por la siniestra presencia de la pavonada automática, ni a respirar se atrevía.

Montross levantóse pesadamente. Seguido de la vigilante mirada del detective, precedió a éste camino de la puerta.

Y siguió delante de él por el corredor, escaleras y pasillo que desembocaba a la sala de fiestas.

—¡Quieto ahí, David! —ordenó Alan.

El «tuberculoso» guardián se quedó de una pieza Pero como el «leñazo» recibido de puños del detective estaba muy reciente, no hizo ademán alguno.

—¡Eh, tú! —le gritó Drove—. Ve a la sala y busca una chica bonita de ojos almendra y cabellos largos muy negros que está sola... Dile que Alan la espera aquí. No te equivoques ni tardes, porque vas a lamentarlo.

Obedeció el fulano sin replicar, regresando al cabo de unos minutos seguido de Maise Prescott.

—¡Vaya tío inteligente! —se burló Drove. Y, mirando a la muchacha, agregó con igual sorna, señalando a Montross—: No te asustes, pequeña; es un trofeo de guerra. Busca un teléfono, Maise. Llama a la oficina federal y ponte al habla con un tal O'Creigh. Le dices que se persone aquí lo antes posible con coche y «anillas» para muñecas. ¿Entendido?

—O. K., pesquisa.

Partió la muchacha con un gracioso revoloteo de faldas.

—¡Eh, portero! —exclamó Alan—. No te apartes demasiado de mí vista. Si el pensamiento me dice que tratas de jugármela, te «baleo». ¿Correcto?

La advertencia estaba de más, porque el guardián sí cuidó muy mucho de escapar al campo visual de Drove.

Y así aguardó el silencioso terceto la llegada del agente federal.

Pat O'Creigh estaba nervioso.

Cosa que Montross comprobó sobradamente cuando el del F. B. I. empezó a mover sus manos como aspas de un gigantesco molino.

—¡Nada tiene contra mí!

Pero de no estar Alan Drove allí, David Montross hubiera terminado reconociendo su culpabilidad en el asesinato de Abraham Lincoln.

—Cálmate, Pat —intervino el detective—. Ese hombre está diciendo la verdad.

O'Creigh hizo un visible esfuerzo para dominarse.

—Vamos a mí oficina —masculló entre dientes.

—¿Y ahora, Alan?

Drove, acomodado en la misma butaca que ocupara en su anterior y reciente visita, permaneció unos minutos en silencio.

—En tanto embrollo, entre tanta basura... —repuso, en plagio de las palabras empleadas poco antes por el federal—, ya veo la relación que une nuestras empresas.

—Obvio. ¿Y qué deduces?

—Que Arthur Graham fabricó su propio cadáver para matar a su esposa.

Pat O'Creigh, del Federal Bureau of Investigation, estiró el cuello hasta lo imposible.

Con los ojos muy abiertos. Atónito. Así permaneció durante muchos segundos.

—¿Me... quieres explicar eso? —atinó a preguntar finalmente.

Drove largó un suspiro.

—No se trata de explicar, porque no sé lo suficiente del asunto para dar una explicación que se ciña a la realidad. Acabo de empezar, y lo más que hago es suponer. Suponer, por ejemplo, que el marido de una millonaria cincuentona que padece del corazón busca el medio ingenioso de deshacerse de ella sin que se le pueda culpar de asesinato. Decide fabricarse su cadáver a su exacta semejanza, por lo que acude a un famoso experto en cirugía plástica llamado Morrison, que, oído el plan, encarga a varios hampones (entre ellos, Montross) la búsqueda de un hombre que tenga cierta semejanza física con Arthur Graham para...

—¡No estoy de acuerdo!

—¿Por...?

—¿Olvidas la nota encontrada en poder de Graham segundo, el verdadero, sin duda, cuando fue hallado muerto en casa de Red Benet? Alguien le citaba en el caserón de Stockbridge proponiéndole la fabricación de su cadáver. Por tanto, la idea no era de Graham.

—No seas iluso, Pat. La nota podía haberla escrito el mismo Arthur para desconcertar a su amante y sobrina, Helen Barston. Algo así como una coartada.

—Aceptemos que fuera así, aceptemos que Graham sorprendió a Helen con su amante y los «liquidó» a ambos... ¿Quién mató a Arthur y a Morrison? ¿Y por qué?

—Esa es la clave del enigma, O'Creigh. Graham planeó el asunto, pero no le salió demasiado bien. Empezando por la herencia de su esposa, sin duda motivo y origen del plan, que estaba destinada, ignorándolo Arthur, a una mujer de rostro quemado a la que se creía muerta veintitantos años atrás. Volviendo al principio Pat, una cosa sí creo está clara: Anthony

Burney fue el molde con que Walter Morrison fabricó el cadáver de Arthur Graham. Y por ahí tenemos que empezar. ¿Quién certificó la muerte del primer Graham?

O'Creigh buscó entre los papeles del expediente.

—Aquí está: Norman Joplin. ¿No irás a decirme que también el forense está involucrado en el asunto?

—Por si acaso —repuso Drove con enigmática sonrisa—, trataré de incordiarle un poquito. ¡Ah! tú, que tienes medios al alcance de tu mano, podrías ocuparte de un punto de la cuestión.

—¿Cuál?

—Ahondar hasta donde te sea posible en el apellido Barston.

—Oye, Alan, ¿quieres responder a una pregunta?

—Adelante.

—¿De quién sospechas?

—¡De ti!

Eso lo exclamó Drove desde la puerta, con mueca burlona y sonrisa infantil.

—¡Endemoniado malandrín! ¡Te voy...!

—Lo que tienes que hacer es lo que te he dicho. ¡Nos vemos, majadero!

El portazo dio fe de su salida.

Norman Joplin era la mínima expresión humana con pantalón largo. Eso sí: cuidaba con esmero del fino y acortado bigote que adornaba su labio superior.

Su aspecto era afable; su mirada, tranquila; expresábase con desenvoltura y tenía buena dicción.

Recibió al detective privado con una sonrisa que parecía ser habitual en él, invitándolo de inmediato a tomar posesión de su despacho.

Le ofreció un vaso de buen *whisky* y no se demoró a la hora de abrir el coloquio.

—Bien, míster Drove. Usted dirá en qué puedo servirle.

Alan dejó el vaso sobre la mesa para estudiar al forense detenidamente. Habló, tras unos segundos de silencio:

—Se trata de Arthur Graham. ¿No certificó usted su defunción hace poco tiempo?

Joplin meditó unos instantes.

—¡Oh, sí! Ya recuerdo. Boulevard California, 1300.

Una dirección fácil de retener en la memoria. ¡Pobre muchacho! Murió a consecuencia de un corte de digestión.

—Míster Joplin, ¿sabe usted que la policía ha exhumado el cadáver de Graham?

Sorprendiéndose el forense visiblemente.

—No... no tenía la más remota idea. ¿Por qué había de hacerlo?

—Porque Arthur Graham fue asesinado en el apartamento de un hombre llamado Benet, con dos proyectiles calibre 7,62.

Norman Joplin abrió una boca por la que cabía el globo terráqueo.

—¡Imposible! —exclamó.

—Yo le garantizo que es posible. El hombre cuya defunción certificó usted no era Arthur Graham. Pero si una copia muy bien lograda. Digamos... un cadáver prefabricado.

El forense tardó un tiempo en asimilar lo que a sus oídos sonaba como incomprensible absurdo.

—Pero... ¿se da cuenta de lo que está diciendo? No pongo en duda que yo pudiera ser engañado si tan perfecta era... la copia. Pero, ¿y su esposa? ¡Eh! ¿cómo no lo había recordado antes? La mujer, Lucille...

—Lucille Barston. Murió aquella misma noche a consecuencia del *shock* emocional. ¿Iba a decir eso? —Y ante la afirmación de Joplin, agregó —: Esta era precisamente la finalidad del juego de cadáveres prefabricado. Lo que demuestra que no solo fue usted el engañado. La propia esposa de Graham fue víctima trágica del embuste. Mister Joplin..., voy a efectuar una pregunta, y le ruego medite la respuesta: ¿Está completamente seguro de que el Arthur Graham cuya defunción usted certificó había fallecido aquella noche?

Sin meditar ni mucho menos, de inmediato exclamó el forense:

—¡Por Dios! ¿Duda acaso de mi integridad profesional?

—No he pensado eso en ningún momento.

—Entonces, mister Drove, le diré que llevo cerca de quince años certificando un promedio de cuatro defunciones diarias. ¿Cree que puedo equivocarme al establecer la hora de un fallecimiento? Además, el caso de Graham estaba clarísimo. Los síntomas eran inconfundibles, según me dijeron, Arthur Graham tenía la inveterada costumbre de darse un baño después de cenar. Aquella noche, por distracción, tardó más de lo prudente en colocarse bajo el agua y los resultados fueron fatales. Hay personas que por presentar sus naturalezas unos procesos de metabolismo y digestión poco comunes pueden causar un baño o ducha en cualquier momento, hayan o no comido, sin que les produzca la más ligera molestia. Otros, si se someten a la acción del agua a los diez minutos de haber ingerido cualquier alimento, pueden considerarse cadáveres. La naturaleza de Graham era de éstas últimas. Que son en verdad las normales.

Alan permaneció pensativo unos segundos.

—¿Quién le impuso de esa cotidiana costumbre que tenía Arthur Graham de ducharse después de la cena?

—Su misma esposa. Y también su sobrina.

—¿Le habló la esposa de Graham si había estado ella presente durante

la cena aquella noche?

Norman Joplin meditó durante unos minutos.

—No... no recuerdo que se mencionara eso. De todas formas, la señora Graham, por padecer una delicada infección cardíaca, estaba sometida a un severo régimen de reposo por dictamen del cardiólogo que la atendía. Es muy posible, pues, que aquella noche y otras le sirvieran la cena en su dormitorio. Al menos así lo deduzco yo.

—Y es muy probable que esté en lo cierto, míster Joplin —admitió el detective, poniéndose en pie. Agregó—: Bien, creo que ya lo he molestado bastante.

—¡Oh, no! No diga eso. Jamás niego mi colaboración a nadie, míster Drove.

—Ha sido usted muy amable, míster Joplin. Buenas noches.

—Buenas noches.

Media hora después, Alan Drove tomaba asiento de nuevo frente a la mesa del agente O'Creigh.

El del F.B. I. esbozó una sonrisa al preguntar:

—¿Es que no piensas dormir en toda la noche?

Alan se encogió de hombros.

—¿Ya no recuerdas lo impaciente que solía ser cuando tenía algo entre manos? Pues no he cambiado a ese respecto.

—Sin que lo jures, lo creo. Que yo lleve muchas horas sin dormir...

—¡Eh, majadero! ¿Olvidas que estoy en el mismo asunto? Vine en busca de un hombre llamado Burney que ha resultado estar mezclado en el caso que investiga un irlandés testarudo con «chapa» de federal. Yo quiero establecer fuera de toda duda si Burney está vivo o muerto, aunque, sin duda...

—Tienes la seguridad de que está muerto.

—Correcto. Pero me urge verificarlo. Además, por otra parte, lo que empezó como vulgar asunto de abandono conyugal, se ha convertido en misterioso vehículo que rueda por los retorcidos senderos del crimen..., y yo ardo en deseos de rodar por ellos.

—¿Quieres ganarme por la mano?

—Te cuelas, agente. Yo no pienso ganar a nadie ni meterme en terreno de nadie. Cuando sepa lo ocurrido con Anthony Burney regresaré a San Francisco, se le contará a su esposa y asunto concluido. ¿Sabes algo de los Barston?

—Un momento de calma, nervioso. Esto es la oficina federal, no el camerino de Houdini. Tengo un par de principiantes trabajando en eso... Démosles veinticuatro horas de tiempo.

—De acuerdo. Te veré mañana.

A la entrada del edificio aguardaba una Maise Prescott de ojos llameantes y expresión furiosa.

—¡No, no me mandes otra vez al hotel! ¡No me da la gana de ir! Ya, ya veo. Te deshaces de mí para cometer tus...

Era la cuarta vez que Maise Prescott era besada en George Washington Avenue. Sin paliativos.

Un beso de apasionado dominio.

—Si te pones pesada, redactora, te llevaré en besos y volandas hasta la puerta del «Mojave Hotel».

—Alan... —musitó mimosa—, quiero saber lo que haces.

—¿Hueles reportajes?

—No huelo nada. Pero temo por ti. Porque no me gusta nada de todo esto. Porque este asunto no es para ti. Porque quiero que volvamos a San Francisco...

—Porque quieres que nos casemos antes de que me arrepienta.

—Lo acepto, es verdad. Pero no me agrada que corras peligros.

—¡Chiiist! —exclamó Drove, llevándose el índice a los labios.

—¿Qué ocurre?

—¿Eh? ¡Oh, nada! Estoy buscando un taxi.

—¡Uh, si yo pudiera...!

Fue el quinto beso.

Y el segundo taxi que paraban en aquella zona.

Nada más pisar el vestíbulo del «Mojave Hotel», el encargado de recepción hizo señas a Drove de que se acercara.

—¿Es a mí?

—Para usted, míster Drove.

Y le entregó una carta, cuyo sobre estudió el detective con interés y atención.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó Alan.

Pareció dudar el otro.

—Creo que el botones de una agencia. Si quiere lo comprobaré.

—No, no es necesario. Gracias.

Maise, toda ojos y toda curiosidad, se empinaba sobre la puntera de los zapatos tratando de atisbar, sin conseguirlo, por encima de los hombros del detective.

Se volvió éste hacia ella.

—¿Cuántas personas saben que estoy en Los Ángeles... y cuántas que me alojo en este hotel? —le preguntó mientras rasgaba el sobre.

—¡Ah! ¿debo saberlo yo?

Alan Drove está leyendo la escueta nota:

«Drove: Tengo noticias que pueden interesarle. Acuda cuanto antes a Beverly Street, 345. Le estaré aguardando. M. Gaywood.»

—Sube a tu habitación, Maise.

—¿Dónde vas?

—¡A rodar por los retorcidos senderos del crimen!

Fue en vano que Maise tratara de saber más.

LOS RETORCIDOS SENDEROS DEL CRIMEN

¿Le fabrico su cadáver?

Una frase que empezaba a martillar las sienes de un detective privado que había acudido a Los Ángeles en busca de Anthony Burney.

Borracho y mujeriego.

Víctima propiciatoria de una estructura diabólica.

Molde para fabricar un cadáver.

Alan Drove dudaba de que hubiera sido en realidad Arthur Graham el mezquino cerebro autor del siniestro proyecto.

No. Él estaba muerto.

¿Quién...?

¿Quién era el tal Gaywood que firmaba la nota? ¿Qué podía saber aquel tipo del asunto? ¿Cómo sabía que él trabajaba en el caso y de qué medios se había servido para localizarlo?

Puro enigma. Complicado laberinto de crímenes.

—Aquí es, señor —anunció la voz del taxista, infiltrándose por el hilo de sus pensamientos.

—¿Eh? ¡Oh, sí! Perdón. Estaba distraído.

Abonó el importe de la carrera y saltó a tierra.

Beverly Street, 345.

Era un edificio de modernas líneas. Arquitectura sencilla y poco recargada, en la que predominaban los trazos rectos.

La escalera estaba abierta y el conserje dormitaba con una revista cinematográfica sobre las rodillas.

—¡Eh, maestro!

Soltó un respingo el tipo, incorporándose como un rayo.

—¿Qué ocurre...? ¿quién es usted? ¿adónde va?

—Me molestan tantas preguntas, ¿entiendes? Tú estás aquí para contestar, ¿verdad que sí?

Vio el conserje la burlona y peligrosa expresión que bailaba en lo alto de los ciento noventa centímetros.

—Sí... sí, señor. ¿Qué desea?

—Saber el piso de un tal M. Gaywood.

—¡Ah, sí! Melville Gaywood. El notario.

—¿Notario? —se sorprendió Drove.

—Pregunta por él y no lo sabe.

—Es que soy muy ignorante, pequeño. ¿Qué piso me has dicho?

—Planta doceava, pasillo cuarto, puerta séptima.

—Todo un crucigrama, ¿eh, conserje?

Cuando el aludido fue a responder algo, la lucecita del elevador le indicó que el extraño y nocturno visitante de mister Melville Gaywood ya subía hacia el apartamento del notario.

Pasillo cuarto.

Puerta séptima.

Abierta.

«Lo de siempre —pensó Drove—. El sino de los detectives. Un rito que se repetía una y otra vez».

El mensaje o la cita telefónica... ¡y la puerta abierta!

¿Cómo habrían asesinado a M. Gaywood?

Entró para saberlo, encendiendo cuantas luces halló a su paso. La luz producía sombras. Sombras de personas que tenían la fea costumbre de atacar por la espalda.

Había que prevenirse.

Mister M. Gaywood había sido en vida un tipo asqueroso, feo, ordinario y repulsivo.

Muerto, de miedo.

Alan Drove se quedó muy tieso. Recortada su esbelta silueta en el umbral de la puerta.

La segunda habitación de la izquierda, abierta en el pasillo que conducía desde la entrada a la sala.

Allí estaba Melville Gaywood.

En el interior de un ataúd de caoba. Recostada su grasienta anatomía sobre el violáceo acolchado.

Vestido de negro. Con camisa blanca y cuello duro. Con dos fuentes de sangre, en mitad del pecho, que empezaba a coagularse.

Los castaños ojos de Drove escudraron todos los rincones de la estancia.

¡Retorcidos senderos del crimen!

Esperaba encontrar a Gaywood muerto, sí. El detalle la puerta abierta era elocuente, sintomático.

Pero no esperaba encontrarlo así.

Muchas molestias se tomaba aquel asesino espectacular.

¡Eh! ¿Qué era lo que colgaba de la cabecera del ataúd?

Se acercó con pasos medidos, echando una ojeada al muerto. Un rectángulo de papel blanco sujeto a la madera con un grueso alfiler.

Tomó la nota cuidadosamente.

Leyó:

«No es este un cadáver prefabricado, detective Drove. Se trata del auténtico Melville Gaywood. Un cochino notario que hace tiempo debía haber muerto.

»No me gustan los detectives, Alan Drove. Y mucho menos cuando meten las narices en mis asuntos. Esto es cosa del departamento federal, no suya, detective. Regrese a San Francisco y cuénteles lo que quiera a la VIUDA de Anthony Burney.

«Puede tomar esto a broma, pero recuerde los que están respirando el aire malsano de un cementerio... ¡Recuérdelos!

«Corre el peligro de que me decida a fabricar su cadáver... empleando un molde auténtico.

»No lo olvide, Drove...»

De veras impresionante.

O sea, que el criminal, fabricante de cadáveres, cerebro retorcido y todo lo que podía llamarse a aquel ser diabólico, estaba enterado del porqué de sus investigaciones.

Y decía...: «Cuénteles lo que quiera a la VIUDA de Anthony Burney».

El hombre que había ido a buscar a Los Ángeles, siguiendo la pista de David Montross, estaba muerto.

Como él suponía.

Había servido para fabricar el primer cadáver de Arthur Graham.

El segundo lo había fabricado en su persona el asesino de las notas impresionantes.

El que matara a Walter Morrison antes de encender el caserón.

Y a Melville Gaywood, de profesión notario.

¿Notario...? ¡Notario!

Alan Drove se dio una palmada en la frente. Con los ojos chispeantes salió de la habitación en busca del teléfono.

¡Notario!

Ya encontraba la relación. Melville Gaywood era, sin duda, el notario

a quién Lucille Barston había confiado su testamento.

El testamento que burlaba a Graham y a su amante y sobrina, Helen Barston. Las cosas empezaban a rodar... por el retorcido sendero del crimen.

¡Sí, la herencia era columna base de aquella estructura diabólica!

Y Gaywood sabía algo... o sabía mucho.

Disco en el dial del teléfono el número de la División del Federal Bureau of Investigation.

Estaba seguro de que el rubio irlandés no se habría retirado a descansar.

—¿Puede localizar a O'Creigh?

Respondió una voz al otro lado:

—Un momento. Creo que todavía sigue en su despacho.

Y al cabo de un par de minutos:

—Pat O'Creigh al aparato. ¿Quién habla?

—Alan Drove, majadero. ¿Tomas nota de una dirección?

Tronó el irlandés al final del cable:

—¡Malandrín de los demonios! ¿Es que no...?

—¿Tomas nota, Pat?

Un silencio.

—Beverly Street, 345. Te aguardo aquí.

Y colgó seguidamente, para no escuchar las protestas del irlandés.

Pensando, pensando... pensando en la beneficiaria de una herencia a la que se suponía muerta muchos años atrás.

Pensando.

No tardó demasiado Pat O'Creigh en hacer acto de presencia. Visto el panorama y leída la nota, se encaró con él detective.

Le preguntó con forzada ironía:

—¿Qué tal tus teorías ahora?

Drove se tomó unos minutos antes de responder.

—Voy a suponer que el notario se hallaba inmiscuido en el asunto... digamos que de una manera indirecta. Desde que conociera al autor de este diabólico proyecto. Ignoro de qué medios se valió para saber de mí y de mis investigaciones, pero lo supo. Quiso ayudarme, o quiso venderme informes. Ya ves, el asesino no le dejó.

Pat no pareció dar excesivo crédito a las explicaciones de su amigo.

—De acuerdo. Melville Gaywood sabía cosas importantes: ¿Por qué no acudió a la policía? ¿Por qué citarte a ti?

Sonrió el detective.

—Los motivos que influyen en las decisiones de una persona son a veces muy difíciles de determinar. Aun conociendo las reacciones normales

de un individuo, jamás se puede asegurar cómo obrará en un momento decisivo o ante una circunstancia crucial. Si Gaywood deseaba vender su información, no era lógico acudir a la policía. Un detective sí podía pagar el precio que él estipulase, ¿no crees? Si Gaywood deseaba mantenerse en el anónimo, si temía que su nombre se viera envuelto en este escándalo criminal... puede aceptarse como lógico también que prefiriese acudir a un detective antes que a la policía.

Pat palmeó cariñosamente las espaldas de Drove.

—No se cómo te las arreglas —dijo—, pero siempre tienes explicación para todo.

—Eso sí que no es cierto, majadero. Si tuviera explicación para todo, la tendría también para este embrollo fenomenal.

—¿Cuál será tu próximo paso?

Alan Drove se encogió de hombros.

—Quizá, quizá... visite en la mañana a la heredera universal de Lucille Barston. Luego vendré a tu oficina para saber hasta dónde llega la eficiencia de esos novatos que tienes investigando acerca de esa familia.

—¡Maldita sea mi suerte! —tronó el irlandés—. Llevo no sé cuántos días en el asunto y... tú, ¡llegué, vi y vencí! Si se entera de esto el inspector jefe, te garantizo que me manda al archivo por el resto de mis días.

Compuso Alan una burlona mueca.

—Ya será menos.

—¿Tú lo crees? —pareció interrogarse a sí mismo el irlandés. Y agregó—: En fin, voy a encargarme de avisar al forense y la ambulancia.

—De acuerdo. Te dejo, pues.

—¡Felices sueños, pesquisa!

—Sólo te deseo... que sueñes lo mismo que yo. ¡Hasta mañana, agente!

Alan Drove salió del piso con dirección a su hotel.

Le convenía descansar unas horas, aunque no fueran demasiadas.

Boulevard California, 1300.

En plena zona residencial de Los Ángeles. Sede de magnates del séptimo arte.

Productores, directores, artistas. Aquellos que después del trabajo preferían aislarse un tanto del peligroso ambiente de Beverly Hills.

La quinta era de ensueño. Un verdadero palacete.

¿De dónde habría sacado tanto dinero Lucille Barston? Porque era de suponer que Graham no había tenido jamás un centavo. De él, se entiende.

De su esposa, muchos.

Y muchos más que ahora disfrutaría Agnes Barston.

Si es que la nostalgia de un pasado esplendoroso, cuando contemplara hoy ante el espejo su rostro quemado, le permitía pensar en otra cosa que no fuera ocultarse del mundo.

Encerrarse con los recuerdos de una época mejor.

—¿Qué desea, señor?

El mayordomo o lo que fuera le miraba inquisitivamente.

—Hablar con *mistress* Agnes Barston. Supongo que está en casa, ¿no?

Al rollizo mayordomo no le pareció nada bien que trataran de molestar a la señora tan de mañana.

—Mistress Agnes aún no se ha levantado. Suele hacerlo a las doce, y a veces, a la una. Venga por la tarde a verla.

Drove fingió meditar. Bajó luego los ojos para mirar fijamente al tipo.

—He venido para hablar con ella, amigo. Y estoy seguro de que ella hará una excepción, levantándose para recibirme.

—¡Eh, oiga! ¿Quién se ha creído usted qué es?

—Alan Drove. Detective privado. Con domicilio habitual en San Francisco. ¿Quiere mi filiación completa?

El mayordomo se puso terco.

—No me interesan sus datos. La señora no podrá recibirle hasta la tarde, y eso es todo. ¡Buenos días!

Iba a darle con la puerta en las narices. Pero el empujón que Drove le propinó a la hoja hizo retroceder al cebado fámulo hasta la mitad del vestíbulo.

—¡Ahora verá quién soy...!

Drove no vio nada. Porque lo atrapó por un bazo, inmovilizándolo en cuestión de segundos.

—Estimado amigo —le habló ominoso—, antes de que pierda la paciencia y te rompa unos cuantos huesos vas...

—No es necesaria la violencia para ser recibido en esta casa, señor.

Estas palabras fueron pronunciadas por la mujer enlutada que estaba descendiendo lentamente por la alfombrada escalinata que, desde el piso superior, desembocaba a un ángulo del vestíbulo.

Alan Drove soltó al mayordomo.

—Lamento haberme presentado de una forma tan poco correcta —se disculpó mirando a la dama—. Pero su criado, *mistress* Agnes, tampoco es ningún modelo de hospitalidad.

—Debe disculparle, míster...

—Drove. Alan Drove.

—... míster Drove. No es que Martin sea descortés. Se trata de que, a consecuencia de la crisis emocional que estoy atravesando, el médico me ha recomendado mucho reposo. Por eso se negaba a dejarle pasar.

Y mirando al criado, agregó:

—¡Martin! Acompaña al señor a la biblioteca. Enseguida estaré con usted, míster Drove.

—Se lo agradezco, *mistress* Agnes.

El llamado Martin, no de buena gana, cumplió las órdenes recibidas. Precedió al detective hasta la biblioteca, dejándole acomodado en ella.

Era una estancia amplia, muy ordenada, decorada con gusto exquisito y circundada por repletas estanterías de madera tallada.

Había en el fondo una enorme mesa de escritorio. Y en el centro, una mesita de fumador, varias sillas y una lámpara de pie.

Alan tomó un *París Match* que había encima de la mesita. No tuvo tiempo ni de hojearlo.

Se abrió la puerta de la biblioteca y penetró la figura de Agnes Barston.

Con su fúnebre indumentaria y el tupido velo de color negro caído encima del rostro.

Fue a sentarse frente al detective.

—¿Ha desayunado?

—¡Oh, sí! Se lo agradezco.

Se hizo un silencio embarazoso que rompió la voz de ella.

—¿Cuál es el motivo de su visita, míster Drove?

Alan aún tardó en responder.

—No ignoro que la policía federal ya la ha molestado suficiente, y comprendo también que no le será agradable hablar de ciertas cosas ni responder a preguntas... llamémoslas indiscretas. Pero esa es precisamente mi profesión, *mistress* Agnes. Ser indiscreto y duro en ocasiones es el secreto de mi subsistencia.

—Dicho así, míster Drove, casi suena agradable.

—Trato de borrar la mala impresión causada en un principio. Las buenas maneras no son del todo incompatibles con mi trabajo.

La menuda naturaleza de Agnes Barston se removió en el fondo del asiento. Y dijo con mucha entereza:

—No es necesario que de más rodeos; estoy dispuesta.

Drove inclinó la cabeza.

—Sabe usted lo ocurrido con su cuñado Arthur, ¿no?

—Desde luego. Murió aquí... y la pobre Lucille le siguió. ¡Cuánto lo amaría! Luego, la policía ha dicho que Arthur fue asesinado en otro lugar días después de su... muerte. Abrieron el panteón familiar y el ataúd estaba vacío. ¡Horrible, espantosamente horrible! ¿Cómo puede haber ocurrido todo eso?

—¿No estaba usted aquí?

—No. Yo residía en Hong-Kong. Fui avisada telegráficamente por un notario llamado Gaywood, a quién Lucille, al redactar su testamento,

indicó la dirección donde yo debía ser requerida en caso de que ella falleciera.

—¿Suponía usted que su hermana Lucille iba a nombrarla heredera universal en su testamento?

Se mostró dubitativa unos instantes.

—Sinceramente... —respondió al fin—, no. Lucille y yo, desde el momento que deshice el misterio que rodeaba mi fallecimiento, al recuperar la memoria perdida en el accidente, nos manteníamos en estrecho contacto. Cuando murió Jacob, mi esposo, quedé en una posición económica más que desahogada. Por años de vida que me quedaran, no gastaría todo el dinero que tenía. Lucille sabía eso. Por eso fui la primera sorprendida de que me nombrara su única heredera. Era más lógico que legara su fortuna a Helen, como le había dicho en alguna ocasión.

Un brillo fugaz rondó por los ojos del detective.

—¿Cuántos años tenía Helen? —preguntó de repente.

—Veintidós.

—¿Le había insinuado en alguna de sus cartas Lucille la... sospecha de que su marido y Helen sostuviera relaciones, digamos, secretas?

—Apenas recuerdo que me hablara de ellos.

—¿Nunca los mencionó?

—Nunca... no es exacto. Pero casi nunca. Me hablaba mayormente de sus dolencias y de otras cosas triviales. Aparte de insistirme, eso en cada carta, que regresara a Norteamérica.

—Una vez curada de su amnesia, *mistress* Agnes, ¿por qué no regresó usted con los suyos?

La mujerladeó ligeramente su cabeza.

—Tenía la obligación moral de cumplir con un hombre que me había ayudado, aunque lo hubiera hecho interesadamente. Además... —en un impulso hecho inesperado, Agnes Barston arrancó el velo que cubría su faz—, ¿cree usted que podía mostrar ese rostro a los que precisamente lo habían admirado por su belleza?

Quemado. Negra y retorcida la carne. Marcada la piel por surcos profundos.

—¡Le repugna, le repugna! ¿verdad, *míster* Drove? Pues eso les hubiera ocurrido a los demás.

Volvió a colocarse el velo. Dijo el detective:

—No me repugna, *mistress* Agnes. Sólo pienso en el horrible sufrimiento que eso significa para usted.

—Mejor hubiera sido morir como los otros. ¡Cien veces morir!

—Cálmese.

Alan Drove se puso en pie.

—No la molesto más, *mistress* Barston. Y lamento muy de veras que mi presencia haya despertado en usted dolorosos recuerdos. ¿Me disculpa?

—No es la primera vez que sucede... ni será la última. A veces, hasta creo que me hace bien hablar con alguien. No debe preocuparse, míster Drove. Y puede venir a charlar conmigo cuando guste.

—Lo tendré presente, señora. Buenos días.

—Buenos días, míster Drove.

—Oye, redactora.

—¿Sí, pesquisa?

Un silencio.

—He dicho que te oigo.

Maise Prescott y sus hermosos ojos almendra de fierecilla indómita empezaban a impacientarse.

Drove, repantingado en un mullido butacón, clavados los suyos en el techo, había hablado sin mirarla.

Inexpresivo también.

Pensando.

—Alan —musitó la muchacha, sentándose en el brazo del butacón y acariciando los claros cabellos del hombre—, ¿qué te preocupa?

—Esa mujer, Maise. Agnes Barston. Hay algo raro en ella. Algo que no es verdad, algo que me dice está fingiendo, algo que baila en mi cabeza...; unas palabras, una frase... ¡una contradicción!

—¿Estás seguro de que existe ese algo, esa contradicción? ¿O acaso te has empeñado tú en que debe existir?

—Tengo la completa seguridad de que hay ese algo. ¿No te ha ocurrido nunca saber que una cosa es... pero no saber lo qué es?

—Ya empiezas con tus deducciones psicológicas, ¿no?

Drove se mordió el labio inferior.

—Tengo un papel en el que se me otorga título de tal. Y en más de una ocasión ha sido ayuda, valiosa determinar la psicología de un criminal para comprender los motivos. Pero se necesita un algo...

—Que no existe, pero que tú buscas.

—¡Existe!

—¿Una frase contradictoria?

—Muy posible. Casi seguro. Pero debo saber cuál.

—¿Me necesitas?

—Siempre te he necesitado, pequeña. Has sido una buena colaboradora.

—¿Sólo por eso quieres casarte...?

Alan la sentó sobre sus rodillas. Y ella, mimosamente, recostó su azabache cabecita en el torso del hombre.

En la intimidad, fue más prolongado el beso. Como una llama

apasionada que mantuvo unidas sus bocas a lo largo de muchos segundos.

—Quiero casarme porque te adoro... porque hace mucho tiempo que deseo domar tus instintos de furiosa tigresa, porque ha sido inevitable que me enamore de ti.

—Porque yo estaré más cerca que hasta ahora para ayudarte. ¡Lo que deseo con locura! Y ahora, Alan, ¿qué debo hacer para ayudarte?

—Como periodista, tienes fácil acceso a ciertos lugares. Necesito que te cues en la hemeroteca de esta ciudad, o en el archivo del periódico más importante, y busques, entre los sucesos de 1913, toda la información relativa al incendio de un avión que, procedente de El Cairo, con destino a Los Ángeles, traía a bordo una actriz cinematográfica llamada Agnes Barston.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

—¿Qué harás entretanto?

—Darme una vuelta por la oficina de O'Creigh.

O'Creigh. Del Federal Bureau of Investigation.

Paseaba de un lado a otro de su despacho como un tigre enjaulado. Manos a la espalda y cabeza inclinada hacia adelante.

Así lo sorprendió Alan Drove al entrar.

—¡Por fin apareces! —exclamó el del F. B. I.

—Ni que fuera tu novia, muchacho. ¿Tanto me echabas de menos?

Pat cesó con sus nerviosos paseos. Señaló contundentemente el montón de papeles extendidos por encima de su escritorio.

—Lo que me pediste.

—¿Has leído todas esas cuartillas?

—¡Vaya si las he leído! Y, además, como los chicos son laboriosos, eficientes, meticulosos, conscientes de su deber y muy inteligentes... han amenizado las cuartillas con una que otra fotografía muy interesante. Pero... ¿no echas un ojo a todo eso?

—Pat O'Creigh, irlandés majadero y testarudo, ¿qué te ocurre?

—¿Qué me ocurre? Nada. Que cada vez sé menos por dónde navegar. ¡Anda, anda, siéntate y lee!

Alan Drove, con toda tranquilidad, tomó asiento en su lugar habitual. Recogió todos los papeles que habían sobre la mesa y empezó el estudio.

Primero dedicó su atención a las fotografías.

Cinco.

Y se quedó con una de ellas en la mano. Mirándola fijamente. Diríase que sorprendido.

Atónito.

—¡Eh, Pat! ¿Has visto esto?

Sonrió el irlandés por un extremo de la boca. Asomó los ojos por encima del hombro de Alan.

Veíase una mesa rectangular elegantemente servida, a la que se agrupaban varios comensales de distinguidas facturas.

Dos de ellos, hombre y mujer, habían sido tomados en primer plano por el fotógrafo.

Detrás de la pareja, un etiquetado camarero atisbaba con suave ademán retirando unos cubiertos.

—El camarero, Pat. ¿Lo reconoces?

—Claro que lo reconozco.

—Es...

—Arthur Graham, pesquisa. Sin duda, Arthur Graham. Y la fotografía corresponde a una recepción ofrecida por los esposos Cummings en su residencia de Riverside Drive, Nueva York, en marzo de 1958. William Cummings, esposo en aquel entonces de Lucille Barston, trabajaba en la planta de diseños de una compañía que fabricaba motores de aviación para el ejército. Vivían en Nueva York, ofrecían muchas fiestas y recepciones. ¡Ah!, y ese que llamas camarero era el mayordomo de los Cummings. Sí, pesquisa, Arthur Graham era el mayordomo. Pero... sigue, sigue viendo y leyendo.

Eso hizo justamente el detective. Enfrascarse con toda atención en la lectura de aquellos folios mecanografiados.

Por espacio de treinta largos minutos reinó el silencio en la estancia.

—Listo para sentencia —ironizó Drove, dejando las cuartillas encima de la mesa.

—¿Y bien? —inquirió O'Creigh, acomodándose tras ella.

Un silencio precedió a la respuesta del detective.

—Son muchos los detalles a considerar, Pat. Tú lo sabes. Pero estimo que los más importantes y los que pueden tener cierta relación, ¡estoy seguro la tienen! con esta estructura diabólica que tratamos de derribar son: Primero, el trágico accidente automovilístico que causó la muerte de William Cummings. Se dice aquí que el viaje a Philadelphia por asuntos de trabajo que la señora Cummings manifestó había emprendido su esposo aquella noche, según palabras de él, no tenía razón de ser de acuerdo con lo manifestado por los dirigentes de la fábrica donde Cummings trabajaba. Su cuerpo, se dice también, se extrajo del precipicio siete días después completamente carbonizado. Apenas se le pudo identificar. ¿Cuál fue el verdadero motivo que originó el repentino viaje de William Cummings?

«Segundo, la misteriosa desaparición de Lucille Barston a raíz de la muerte de su esposo. Su boda secreta con Arthur Graham, dos semanas después, en la pequeña localidad de Frederick, Estado de Virginia. Su reaparición al mundo, seis meses más tarde, en Los Ángeles, como

propietaria de una mansión de ensueño, hecha reconstruir por ella para ella y su marido, su nuevo marido, cuyo valor supera al de su residencia en Nueva York. Ni con la venta de ésta, junto a lo que pudiese heredar de Cummings, tenía suficiente para costear la construcción de su palacete en Boulevard California, 1300.

»¿De dónde salió tanto dinero?

—Podemos exhumar el cadáver, y si te parece bien, se lo preguntas.

Alan Drove no respondió a la macabra ironía. Repentinamente, sus facciones se habían oscurecido.

Su rostro se mostraba hosco y serio.

Muy serio.

Y en su cerebro, paradoja, había brillado la luz.

¡Un algo...! ¡Una contradicción!

Brincó del asiento como si lo impulsara un oculto resorte.

—¡No será necesario, majadero! —exclamó con feroz sonrisa. No será necesario exhumar el cadáver de Lucille Barston.

—¡Eh! —exclamó a su vez el federal—. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—Loco, Pat, loco. De alegría y satisfacción. Porque acabo de comprender, porque ya conozco el nombre del retorcido cerebro que concibió esta diabólica estructura. Aunque me duele el corazón al pensar cómo le daré a una mujer llamada Laura la noticia...

—¡No, si aún veo que acabamos llorando! Suelta ya la lengua...

—¡Ah, de eso, ni hablar!

—¿Cómo... qué dices?

—Que seas paciente y te esperes al final. Esta noche, a las diez, te espero en...

Por espacio de varios minutos, Drove estuvo dictando instrucciones. O'Creigh, confuso y sorprendido, las oyó sin objetar nada.

Y cuando, al fin, trató nuevamente de saber lo que el otro sabía, se quedó con las ganas.

Porque el detective Alan Drove, a quién le unía una fuerte amistad desde el momento en que congeniaran en las aulas de Quántico, había salido del despacho como una exhalación.

—¡Ah... maldito malandrín! ¡Con qué gusto te rompería...!

A las diez de la noche.

Por tercera vez, una periodista llamada Maise Prescott abordó al detective Drove en la misma puerta del edificio federal.

—¡Muchacha! —se sorprendió Alan—. ¿Tan pronto terminaste?

Sonrió ella con palmaria satisfacción.

—Aún no sabes la mujercita diligente que es la...

—La que será mi esposa. Correcto, reportera. ¿Qué me cuentas?

—Cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo?

—¿Ha de ser en mitad de la vía pública?

Arrugó Drove la nariz.

—Bar, café, *snack*, sala de fiestas! ¿Qué prefieres?

—Soy de buen conformar. Allí... —extendió el índice de su mano derecha hacia la otra acera—, aquel tugurio me sirve.

No era tal tugurio. Sí, una cafetería de primera con camareros de chaleco, pechera y pajarita, y unos veladores preparados y decorados exquisitamente.

Tomaron asiento al fondo del local.

—¿Y ahora, tigresa?

Sacó un arrugado periódico que traía oculto en el bolso y que presentaba huellas elocuentes de haber sido arrancado de un libro-archivo.

—Lee, querido. En la primera página.

LA MUJER SIN ROSTRO

Así recaban los sensacionalistas caracteres del enunciado. Y seguía la glosa en estos términos:

«Una mujer que fue noticia y a la que dábamos por muerta en un accidente de aviación, ocurrido en 1943 sobre las aguas del Mediterráneo, vuelve a ser hoy noticia.

»Agnes Barston, nuestra «Greta Garbo» de Hollywood, es hoy la mujer sin rostro.

¿Qué esconde el tupido velo que cuelga de su sombrerito? Agnes Barston no ha querido decírnoslo. Pero, desgraciadamente, lo sabemos. Como también hemos sabido hoy. 7 de junio de 1960, que desde Hong-Kong regresaba a su patria en todo secreto.

»¿Dónde se ha ocultado la mujer sin rostro? No quiso mostrarnos su faz, devorada por las llamas. Huyó del aeropuerto sin que consiguiéramos una palabra de sus labios.

«Triste es para quien saboreó las mieles del triunfo correr a esconderse de la luz, huir del mundo para esconder su cara quemada.

»¿Es eso un consuelo? Algún día sabremos su paradero. La nación es inmensa... pero hasta el mundo resulta pequeño para quien trata de esconderse.
»Si lees esto, Agnes, no olvides que los que estuvimos contigo las horas de triunfo... lo seguimos estando a la hora de la desgracia».

—¡Siete de junio de mil novecientos sesenta! —exclamó Drove, doblando lentamente el periódico—. Entonces, la historia...

—¿Qué historia?

—Ha sido un trabajo estupendo, Maise —reconoció el detective, dando un giro a la conversación—. Yo la suponía, tenía que ser así. De otra forma...

—¿Quieres dejar de expresarte en clave?

—Mañana, Maise, mañana.

—¡Mañana! ¿Qué pasará mañana?

—Yo mismo te dictaré tu último reportaje. Y no dudes que será el mejor que hayas escrito.

—¿El... último?

—Sí, Maise. Quiero que te dediques a los diablillos rubios que yo espero...

—¡Alan!

—No se debe ser madre y periodista. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, lumbrera.

CEREBRO SINIESTRO

La mujer se había sentado frente al espejo del tocador.

Despacio, como si encontrara en ello un deleite inefable, fue retirando de su cabeza el diminuto sombrero.

Y con él desapareció el tupido velo.

Acercó ahora su rostro al espejo.

—¡Qué horrorosa eras... Agnes Barston!

En un arranque de soberbia tiró con violencia de la barbilla, arrancándose aquella máscara quemada y torcida.

Bajo ella apareció un cutis arrugado. Pero blanco. Limpio.

Sonó entonces un chasquido. Algo así como el saltar de una falleba y el gemir de una ventana al entreabrirse.

Saludó una voz:

—¡Buenas noches... *mistress* Lucille Barston!

Se revolvió la mujer con la faz encendida.

—¿Quién...?

—Soy yo, no se asuste. Alan Drove, el detective. ¿Recuerda su invitación de esta mañana? Ha dicho que podía venir a charlar con usted cuando lo deseara. ¿O no lo ha dicho?

—¡Maldito... lo voy a...!

—¿A qué, Lucille Barston? —inquirió burlonamente el que se había colado subrepticio por la ventana—. Sí trata de alcanzar la automática calibre 7,62 que guarda en uno de los cajones del tocador... le volaré la cabeza de un balazo sin que tenga tiempo de darse cuenta. ¿Entiende? Retírese de ahí y tome asiento a los pies de la cama.

Obedeció ella con inseguro andar. Congestionado el rostro. Escupiendo sus ojos un brillo demoníaco.

—¿Qué quiere de mí, Drove?

—Verá —dijo el detective, fingiendo meditar—, ante todo, soy un hombre práctico. Sentimental en apariencia, pero muy prosaico en el fondo. Lo que se llama un materialista nato. Quiero... hacer patente mi práctico concepto de la vida poniéndole precio a una historia.

—¿Una historia?

—Si se empeña en fingir, dejaré que sea la policía quien ponga precio a la historia. ¿Le conviene?

—No.

—Ya veo que empieza a comprender...

—Debía haberlo esperado en casa del notario, Drove. ¡Y coserlo a balazos junto a Gaywood!

—Le garantizo que no lo hubiera conseguido, mi diabólica asesina.

—¿Qué sabe usted...?

—¡Uh! va a quedarse boquiabierta, palabra. Primeramente le diré que su plan era todo un prodigio de perfección criminal..., pero con muchos fallos temáticos. Por ejemplo... —Alan extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un periódico doblado que tiró sobre la cama, debió usted haber leído la primera página de ese diario. Se dice en ella que una mujer sin rostro llamada Agnes Barston salió de Hong-Kong el 7 de junio de 1960..., no al recibir el aviso de un notario de apellido Gaywood, hace pocas fechas, para hacerse cargo de la herencia de una hermana que sigue muy viva. Agnes, ella sí está muerta. ¿Voy bien?

Además, cometió usted un grave error esta mañana al decirme que era más lógico que Lucille legara su fortuna a Helen..., a una Helen que, según usted, nunca mencionó en sus cartas, a una Helen que usted determinó veintidós años de edad sin dudar... ¿Cómo sabía Agnes la edad de Helen sin conocerla, sin haber oído hablar apenas de ella, habiendo nacido la muchacha el mismo año en que su tía sufrió el accidente..., y cómo sabía que Lucille le había dicho en alguna ocasión que la nombraría heredera de sus bienes? ¿Cómo sabía Agnes todo eso? No, Agnes no lo sabía, pero sí usted, Lucille Barston; usted, que se contradijo al tratar de presentarse como la legítima Agnes. ¿Le hizo Morrison esa máscara?

Nada respondió la mujer. Pero se la veía derrotada. Vencida por la sagacidad de aquel hombre alto de cabellos claros y ojos castaños.

Un detective de San Francisco.

Que llevaba veinticuatro horas en Los Ángeles.

—¿Nos remontamos al año 1958, Lucille? A la residencia del matrimonio Cummings, en Riverside Drive, Nueva York. William Cummings, ingeniero aeronaval, que diseñaba y construía motores de aviación para una empresa que colaboraba con el ejército. Un hombre que trabajaba muchas noches en el estudio de su propia casa..., vigilado por una celosa mujer que tomaba fotografías de sus diseños y los vendía a

potencias extranjerías...; una mujer que fue sorprendida por él en su labor de espionaje... ¿Cómo mató a su primer marido, Lucille?

—Traté de convencerlo primero —dijo la mujer con voz ronca. Le expliqué mis proyectos, le hice ver que podíamos amasar una fortuna astronómica. ¡Maldito imbécil! Aún parece que lo oigo: «Soy un hombre íntegro... me debo por encima de todo a mi patria». ¡Estúpido! Sí, lo maté. Colocándole un balazo en los sesos... ¡Y volvería a hacerlo!

—Pero hubo un testigo, ¿no es así? Arthur Graham. El mayordomo.

—¡Puerco asqueroso!

—Un puerco que metió a William Cummings en su auto, un puerco que lo llevó por la general de Nueva York-Philadelphia hasta las montañas de Dover y lanzó el auto por el precipicio más profundo. Un puerco que la obligó a usted a casarse con él... y a fingir ante la sociedad que usted había comprado su amor con dinero. Pese a todo, las cosas iban bien hasta que Helen Barston salió del pensionado y decidió vivir con sus tíos. ¿Me equivoco?

—¡No, no se equivoca, sabelotodo del infierno! —rugió Lucille. Y agregó antes de que él siguiera—: Helen, asquerosa serpiente perversa... podrida ambiciosa... puerca lasciva. Enloqueció a Arthur con sus caricias de hembra apasionada. ¡Falso, todo falso! Quería usarlo como instrumento para deshacerse de mí, para luego burlarse de él y disfrutar el dinero con su amante. Con el «guapo» Red Benet.

—Pero eso a usted le importaba poco —intervino Alan—. Lo único que la preocupaba era el hecho de que Arthur se fuese de la lengua, ¿no? Que en un momento de debilidad le confiara a Helen el verdadero motivo de su matrimonio. El chantaje, en manos de ella, hubiera sido mucho más peligroso.

—¡Extraordinario sicólogo, detective! Hubiera necesitado conmigo un hombre de su temple.

—Yo sirvo a la verdad, Lucille Barston. No me gusta caminar por los retorcidos senderos del crimen. Explíqueme cómo concibió esa estructura diabólica... Tendrá mayor emoción si el relato surge de sus labios.

Hubo un silencio.

—Necesitaba eliminar a Helen y Arthur. Pero de una forma en la que no se pudiera sospechar de mí ni remotamente, para lo cual yo debía morir. La estúpida Agnes, la mujer sin rostro, la que había venido de Hong-Kong para ocultarse de todos, la que vivía en el sótano de esta mansión en secreto desde hacía cuatro años. ¡Ella me dio la idea! Precisaba un experto en cirugía plástica para llevar a cabo mis proyectos, y Walter Morrison, un hábito cirujano repudiado por la sociedad, era el hombre ideal.

«Localicé a Morrison y le expuse íntegramente mis propósitos. Primero había que localizar un hombre cuyo parecido físico con Arthur fuese lo más aproximado posible. Morrison se encargó de eso, encomendando el

trabajo a varios profesionales del hampa. Y fue Anthony Burney el escogido. Morrison lo encerró en el caserón de Stockbridge y lo mantuvo drogado mientras retocaba su rostro y lo preparaba para el experimento.

«Luego le mandó una nota a Arthur y Helen citándoles en lo que denominamos fábrica de cadáveres. Les hizo una recepción impresionante metiendo a Burney en un ataúd, dándole un maravilloso aspecto de muerto y presentándolo cual cadáver prefabricado de Arthur. Les propuso un plan para liquidarme a mí... ¡a mí! Yo tengo una afección cardíaca. Leve. No aguda, como ellos «creían» Como yo solía pasar la mayor parte del día en esta habitación, les sería fácil hacer un número de prestidigitación con el doble «fiambre» de Arthur. Muerto de un corte de digestión, metido en su ataúd. Helen y yo solas. Y ella, siguiendo mis propias instrucciones, me aconsejaría descanso. En la cama de su habitación... allí encontraría el corazón débil de Lucille un ataúd y otro Arthur Graham muerto. De la impresión, Lucille moriría.

»Así fue. Y mientras me creían muerta y corrían a deshacerse del segundo catafalco, Morrison me ayudaría a sustituir «mi cadáver» por el de Agnes. ¡Fabuloso trabajo el de Morrison! Le dio a ella mi rostro y construyó una máscara para mí con el de ella.

Se interrumpió la mujer, jadeante. Febril. Excitada por la narración de aquel engendro satánico nacido de su cerebro siniestro.

—El resto— siguió a los pocos segundos— no era más que un simple proceso psicológico. Todo estallaría cuando la maldita Helen descubriera que no heredaba ni un centavo. Red no la creería y Arthur, cuando descubriera el doble juego de su amada, haría... ¡lo que hizo!

—Y entonces usted —la atajó Drove—, podría deshacerse tranquilamente de Graham. Sin sospechas... ¿cómo sospechar de una Lucille Barston muerta?

—Exacto, detective, exacto. Los muertos no matan. Entonces yo, Agnes Barston, fingiría llegar de Hong-Kong para hacerme cargo de la herencia que a mí misma me había legado. Por último, Walter Morrison, el efectivo peón de mi inteligente jugada... tenía que morir también. Lo sabía todo y podía llegar a convertirse en un hombre peligroso.

—Así, tras caminar por ese sendero de crímenes, Lucille Barston permanecería impune por el resto de sus días. Nadie podría acusarla de nada. Desde la supuesta tragedia que le costara la vida a William Cummings hasta el asesinato de Walter Morrison, todo quedaba enterrado.

—¡Enterrado! —chilló ella con desesperación—. Así quedaba de no haber intervenido usted... maldito detective.

—De no haber caído usted en los fallos que a través de la historia del crimen... vienen cayendo todos los asesinos. Los más inteligentes, los más hábiles, los más sutiles, Lucille Barston. No, ¡no existe el crimen perfecto!

—¡Sí existe!

—¿Por qué mató a Gaywood?

—¡Ah! Ese cerdo gelatinoso. Él sabía que Agnes no estaba en Hong-Kong. Si bien ignoraba mi identidad, había recibido instrucciones a través de Morrison. Pero muerto el médico, quedaba desligado del asunto. También él, aparte de usted, sospechó algo de la verdad. Me llamó por teléfono ayer diciéndome que conocía a un detective llamado Drove que andaba investigando un asunto del que él podía vender información. Que yo o el detective la compraríamos gustosos. Al avisarme, firmó su sentencia de muerte.

—Pero usted sola no hizo el trabajo, ¿verdad? ¿Quién la ayudó, Lucille?

—¡Yo! —exclamó una voz, a la vez que la puerta se abría violentamente—. ¡No se mueva, detective... no se mueva o lo «coso»!

Allí estaba el rollizo mayordomo. Allí estaba Martin. En el umbral de la puerta.

Empuñando con firmeza el 7,62 que Drove creía guardado en un cajón del tocador.

—¡Espera, Martin! —gritó la mujer—. No lo mates aquí.

—¡Ni en ninguna parte! —tralló una voz nueva.

La de Pat O'Creigh, que acababa de colarse por la misma ventana que lo hiciera el detective.

El mayordomo, desconcertado, dudó unos segundos acerca de quién debía ser su primer blanco.

O'Creigh estaba armado. Era el más peligroso.

Fatal error.

Porque en manos de Alan Drove pareció nacer una pavonada «Parabellum» que hizo brillar un par de fogonazos.

Que escupió un par de ardientes plomos.

Martin soltó la pistola para llevarse ambas manos al pecho. Así, inmóvil, permaneció unos segundos.

Para desplomarse de bruces en el suelo y quedar, ahora, eternamente inmóvil.

—¡Quieta, Lucille Barston! —conminó el federal a la mujer, viendo que trataba de huir.

—¡No! —bramó ella como una posesa—. ¡No voy a escapar! ¡No! ¡Pero no me cogerán viva! ¡Nadie...! ¡Nadie lo conseguirá!.

Drove, adivinando lo que aquellas palabras significaban, se lanzó en plancha sobre Lucille.

Pero su reacción fue tardía. Porque cuando rodaban por el suelo, la oyó murmurar:

—Ya... no, detective. Es... un veneno acti... vo, mu... y ac...

Enmudeció de repente. Con los ojos fijos en el techo. Como dos pedazos de transparente cristal.

Muerta.

—No. O'Creigh. No vas a detenerla.

—¿Envenenada?

—Sin duda.

—Parece imposible, Alan. Tenía previsto hasta el último detalle...

—¡Cerebro siniestro!

Se miraron los dos hombres.

Estructura diabólica.

Una foto abre una investigación.

Los retorcidos senderos del crimen.

Cerebro siniestro.

¡Un reportaje sensacionalista!

La alucinante historia del siglo.

—¿Qué le dirás a la viuda de Burney?

Sonrió tristemente el detective.

—Que también esta vez se fue con una mujer...; una mujer llamada muerte.

—¿Quieres anotar el encabezado de tu último reportaje?

Maise Prescott tomó asiento sobre las rodillas del detective. Con una sonrisa picaresca, que aumentaba la belleza de su rostro, alzó el lápiz significativamente.

—O. K.

—¿Le fabrico su cadáver?

Giraron vertiginosamente los ojos almendra.

—¡Eh! Se trata de un reportaje, no de una...

—Es que se trata de una novela de crímenes.

—En tal caso...

—¡Oye, reportera!

—¿Qué, pesquisa?

—Vamos a cambiar el título, ¿te parece?

—¿Cuál ponemos?

—Haber... veamos... ¡Apunta! Con letras mayúsculas: ¿LE FABRICO SU MARIDO?

Bloc y lápiz volaron por los aires.

Se enroscó al cuello del detective y preguntó:

—¿Cuándo?

—Con los primeros albores del nuevo día.

Brillaron los almendrados ojos.

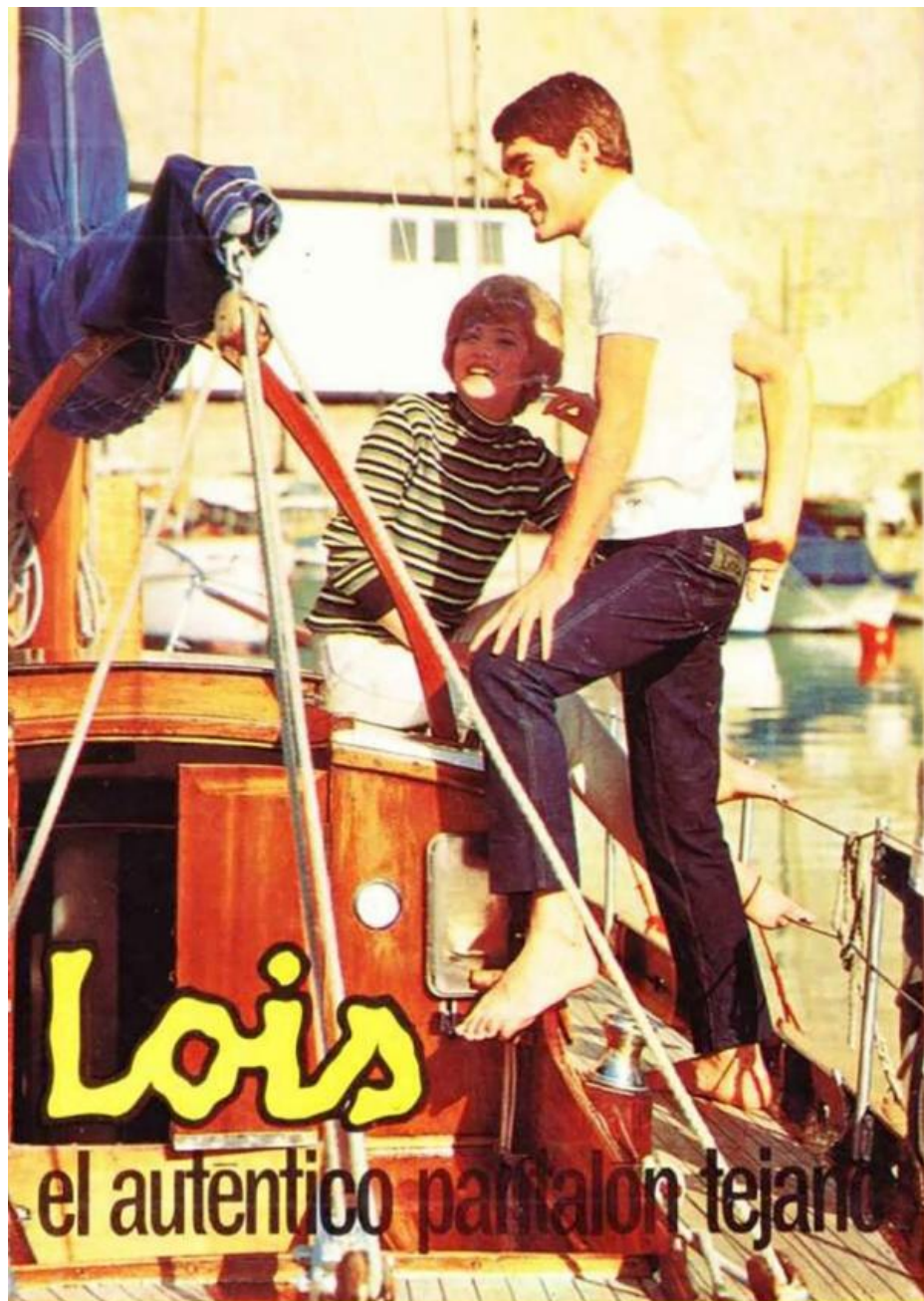
—¡Por fin te cacé!

Alan Drove era un «cazado» feliz. Poseer aquellos labios de rubí toda una vida, besarlos...

Eso estaba haciendo.

Besándola. Besándola. Besándola.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.